

LA ORGULLOSA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

FORMADA

SOBRE LA QUE CON EL MISMO TITUTO
ESCRIBIÓ EN UN ACTO

MONSIEUR DESTOUCHES,

Y ACOMODADA

AL TEATRO ESPAÑOL

POR

EL LICENCIADO DON FRANCISCO DEL PLANO,
ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS,
RESIDENTE EN ZARAGOZA.

MADRID
EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.
AÑO DE 1800.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle de las Carretas, y de la Concepcion Gerónima.

ACTORES.

DOÑA ROSA, ó LA ORGULLOSA. *SEÑORA RITA LUNA.*

DOÑA PRUDENCIA, su hermana. *SEÑORA JOSEFA VIRG.*

DOÑA ELENA, madre. *SEÑORA COLETA PAZ.*

INES. *LA SEÑORA JOAQUINA ARTEAGA.*

EL MARQUES DE BELFLOR, currutaco. *SEÑOR ANTONIO PONCE.*

DON ANGEL. *SEÑOR MANUEL GARCIA PARRA.*

DON SIMON, cuñado de Doña Elena. *SEÑOR ANTONIO PINTO.*

JUANON, criado del Marques. *SEÑOR MARIANO QUEROL.*

La Scena es en una antesala de casa de Doña Elena.

ACTO PRIMERO.

Ines. Vamos limpiando las sillas,
y poniendo en órden esto,
que no tardará en venir
el batallon de cortejos,
que tiene mi ama la jóven
llenos de amor los celebros,
á dar la campal batalla
del chisme y del orejeo.
¡Miserables! si qual yo
fondeado hubieran su genio,
de otro modo la tratáran;
pero si son unos necios.
Las mugeres son un libro
en que siempre estan leyendo
los hombres, y cada dia,
á mi ver, lo entienden ménos.
Puede ser que ella tropiece
con quien sea un poco experto,
y que ajándola su orgullo,
la venga á dar pan de perro.
La estaría como á un Santo
dos velas; porque teniendo

la proporcion de marido,
á éste dexo, y á éste quiero,
no elegir uno, esperando
que venga un Rey de Marruecos
en forma de pretendiente,
es perder fortuna y tiempo.
No: yo no sigo esta escuela,
al primer embite el resto.

Sale Doña Rosa.

Rosa. ¿Qué hora es, Ines?
Ines. Son las quatro.
Rosa. ¿Las quatro, y tan libre veo
mi antecámara de amor
de pretendientes? ¿qué es esto?
Ines. Está la tarde pesada,
y se dormirán.
Rosa. No: que ellos
son los pesados; mas ya
los avivará mi genio.
Algo soñolienta estoy.
Ines. Dos horas largas de sueño
son siesta muy razonable.
Rosa. A ver, acerca el espejo.
Buen color: estoy de dia.

Paseándose con afectacion.

Mira si hay algun defecto
en la ropa.

Ines. No señora:
todo está bien.

Rosa. Yo lo creo:
estaré hecha una pintura
de miniatura.

Ines. Lo mesmo.

Vuelve á pasear.

Rosa. ¿Y en punto á garbo qué tal?

Ines. Parece vm. una Venus.

Rosa. Digo que lo entiendes mas
que pensaba. Ve corriendo
que llamáron : algun Moro
en la campaña tenemos.

Ines. No señora : no llamáron.

Rosa. Mucho tardan : el espejo
vuelve á traer. ¿Qué tendré
en este semblante, cielos,
que en asomándome al palco
en el teatro, ó saliendo
á dar dos pares de vueltas
una tarde de paseo,
vuelvo mas llena de triunfos
que el gran Capitan?

Inés. El cuento
no es hacer muchas conquistas
que no sirvan de provecho,
sino una buena y segura.
Rosa. ¿Qué quieres decir con eso?
Ines. Que anda vm. muy indecisa
en la eleccion.
Rosa. Sobra tiempo.
Ines. Guardar mucho la malilla
suele ser perder el juego.
¡O, quántas ví á los quince años
lisongear sus deseos,
prometiéndose un marido
de oro y perlas quando ménos!
A los veinte y uno, de plata
les parecia ya bueno:
á los veinte y dos, de cobre:
quatro mas allá, de yeso;
y al fin, uno de carton
les cupo arrugado y viejo,
ó en un rincon, qual las ubas
por navidad, se pudriéron.
Rosa. Eso no habla con mugeres
como yo: vale un imperio
ver á docenas los hombres

muertos por mí, y yo riyendo.
Ines. ¿A ninguno quiere vm.?
Rosa. A todos por pasatiempo.
Y en fin, no preguntes mas,
Ines, que tú sabrás luego
porque á la vista de todos
indecisa me mantengo.
Ines. Yo pensaba que Don Angel
mereceria algo.
Rosa. Creo
que ese me acomodaria,
si fuera título; pero
mi madre, que apreciar sabe
mi mérito; y yo, que al ménos
sé conocerlo, el designio
concertado ya tenemos
de que ha de ser titulado
el que merezca mi afecto
y mi mano.
Ines. De ese modo
el Marquesito el electo
será.
Rosa. No digo que no;
pero guárdame secreto,
que hemos de dar este golpe

de repente, y en silencio.
Mi madre, que entiende bien
estas cosas, el proyecto
gobierna; y segun me dice,
lo lleva ya muy en bueno.

Inès. El hermano de mamá
viene aquí medio durmiendo.

Rosa. ¡Mi tio el predicador!
Puf... mala peste en el viejo.

Vase, y sale Don Simon.

Sim. ¡Ola! ¡qué la señorita
se nos fué de aquí! Yo apuesto
que es porque me vió.

Ines. Usted es
harto malicioso.

Sim. Suelo
acertar así. Me canso
de tolerar los enredos
de esta casa. Aunque la loca
de mi hermana en todos tiempos
me jugó mil piezas, y era
bien digna de mi desprecio,
al cabo de que sus hijas
son mis sobrinas no puedo
prescindir, y de que se hallan

sin padre: cuidar, pues, debo
de que les quede seguro
un buen establecimiento.
Por la sobrina mayor
muy de veras me intereso;
porque ya cumplió los veinte
hace tres meses y medio,
y esta edad pide marido
en las mas mugeres.

Ines. Cierto;
y eso lo sé yo por mí.

Sim. Picarilla... ya te entiendo.

Ines. ¡O!... si yo me hallára un tio
como usted... En disponiendo
la boda á las dos sobrinas,
podia vm. un recuerdo
hacer de mí.

Sim. No te digo
que no.

Ines. ¿Mas no era lo mesmo
decir que sí?

Sim. Pero sabe
que esta vez tan solo vengo
para instruirme del estado
de la casa, y ver si puedo

á mi sobrina Prudencia
proporcionar casamiento.
¿Y no te parece, Ines,
que merece bien mi afecto?

Ines. Sí señor: mucho.

Sim. Es amable
sin fachenda, y el talento
sabe unir á la dulzura
sin vanidad. ¡Quán de acuerdo,
en ella con la razon
van siempre los sentimientos!
Sin ser desabrida, sabe
ser modesta. Sí: el incienso
merecia de los hombres,
si viviésemos en tiempo
en que sola la virtud
fuese la digna de aprecio;
pero un gusto corrompido
y frívolo, se nos ha hecho
el carácter general
de la juventud; y en medio
de que se habla de virtud
mas que nunca, el bello sexô,
es víctima del capricho
de quatro locos mozuelos,

que en un exterior brillante
el mérito verdadero
ponen ; y al luxo y orgullo
quieren reservar el premio
que se debe á la virtud.

Ines. ¡Qué bien dice vm. en eso!

Sim. ¿No es vergonzoso que no hagan
del mérito verdadero
cuenta alguna, y que prefieran
de Rosa el vano despejo,
un orgullo impertinente,
y un espíritu altanero
á la suavidad, finura,
costumbres, genio y talento
de Prudencia? para Rosa
ha de ser todo el obsequio,
solo porque es un poquito
mas graciosa. ¿Y estos necios
cupidos de gabinete
en forma de hombres, tan ciegos
estan, que no han de entrever
su perjuicio y el ageno
en la fátua adulacion
con que del hermoso sexô,
del sexô que aman, corrompen

el corazon y el talento?

Ines. Y lo peor es que la madre,
en vez de poner remedio,
perdida y ciega por su hija
Doña Rosa, un estupendo
mimo la da. Todo, todo
quanto la vé está bien hecho.
La mayor extravagancia
de su vanidoso genio,
es un motivo de aplauso
para la madre, y de obsequio
para los hombres, que en ella
creen ver un gran modelo
de la gracia y el donayre.

Sim. Tan fátua es ella como ellos.

Ines. Doña Prudencia al contrario:
continuamente es objeto
en la madre de aversion,
y en los hombres de desprecio.
Bayles, músicas, comedias,
visitas y lucimientos,
todo es para la pequeña:
la grande, qual trasto viejo,
en un rincon. Ya se vé,
si la madre da el exemplo,

¿los demas qué han de hacer?

Sim. Bravo.

Mi amada Prudencia... *Con ternura.*

Ines. El cielo

la dotó de un corazon

mas fuerte que el bronce. Enmedio

de que se consume, á nadie

lo da á entender. Baxo un gesto

agradable para todos,

sus amargos sentimientos

oculta, y llora á sus solas.

Sim. ¿La infeliz llora?

Ines. En secreto,

sin darlo á entender á nadie.

Sim. Amada sobrina, presto

enjugaré yo tu llanto:

vé, dila que aquí la espero.

Ines. No es menester que ya sale.

Sale Doña Prudencia.

Sim. Ven, Prudencia, ven. Ya veo

que tu madre es una fátua

sin algun discernimiento;

mas yo, como buen hermano,

pronto reducirla pienso

á la razon.

Ines. Un milagro
sería ese.

Prud. Ines, silencio
y moderacion: conserva
á mi madre sus respetos.
Si igual lugar que mi hermana
no he merecido en su afecto,
es que de su inclinacion
sigue el giro, y nunca veo
padre que á todos sus hijos
ame con igual aprecio.
¿Y mas amable que yo
no es mi hermana? Los obsequios
se lleva de quantos vienen
á casa: yo apénas tengo
quien me salude; esto es prueba
de que en Rosita los cielos
con mano mas liberal
sembráron las gracias.

Sim. Pero
la razon siempre se opuso,
á que por instinto ciego
una madre caprichosa
prodigue todo su afecto
á una hija, y fomente en ella

orgullosos sentimientos,
miéntras á la otra declara
un ódio implacable. Debo
corregir este desórden,
y proporcionar remedio
á tal daño : un matrimonio
traigo acá en el pensamiento
para tí, y del caso.

Prud. Tio,
no me corre prisa: hay tiempo.

Ines. ¿Que no se me diga á mí
esa palabra? Ni un credo
tardaria en aceptarla.

Sim. Es preciso: yo no veo
para mejorar tu suerte
otro recurso.

Prud. Yo temo
que la bondad de vm. tenga
para mí malos efectos.
Por ahora la ternura
lleve Rosa: me intereso
en que case ántes que yo,
que es lo mas fácil; supuesto
que tantos adoradores
queman á sus pies incienso.

Si no es así, tendrá vm.
con mi madre mil encuentros
sobre este artículo, y yo
no gozaré un dia bueno.

Sim. Prudencia, yo no me olvido
de tu hermana; harto la tengo
presente en mi corazon.
Quisiera casarla; pero
no es, no, tan fácil su boda
como la tuya. Su genio,
mas vano que el de su madre,
ha fixado sus proyectos
en no admitir por marido
sino un titulado.

Ines. Cierto
que buscan Conde ó Marques
para novio, quando ménos;
y de este grande designio
no rebaxarán un dedo.

Sim. ¿Con que Condesa ó Marquesa,
ó nada? ¿y á tal extremo
llega su orgullo? Por vida
de quien soy, que un escarmiento
ha de tener su altivez,
que aproveche á todo el sexô,

porque aprendan las mugeres
á recogerse en el centro
de la virtud, y á pensar
sobre sí con algo ménos
de vanidad.

Prud. Por Dios, tio,
témplese vm., que yo temo
mas males en la reforma
que en el abuso.

Sim. ¿Y habré hecho
mi viage en valde, dexando
las cosas en el funesto
estado en que las hallé?

Sale Doña Elena, *que oye los siguientes versos.*

A la hija y madre pretendo
enseñar moderacion;
porque en el dia me encuentro
en la posicion de xefe
de la familia. Me alegro...
¿Condesa, Marquesa, ó nada?
Tiene unos humos soberbios
mi sobrina.

Elena. ¿Y á qué viene
la murmuracion?

Sim. Hablemos

ménos alto, hermana.

Elena. ¿A mí la amenaza?

Sim. A tí.

Elena. Yo puedo hablar como me acomode en mi casa.

Ines. Yo me cuelo, que esto va á tener mal fin. *Vase.*

Sim. No me insultes.

Elena. Me defiendo; que tú eres el que me insultas.

Sim. Hermana...

Elena. Hermano... *Remedándolo.*

Sim. Es un genio dulce el tuyo.

Elena. Sí, que el tuyo es un almivar.

Sim. Silencio quando hablo yo.

Elena. ¿Qué? ¿de huésped te convertirás en dueño de mi casa?

Sim. Su fortuna se hará si yo la gobierno.

Elena. Dinero he necesitado
á veces; nunca consejos.
Sim. Presto te arrepentirás
de esa vanidad. Yo vengo
á poner órden, y no
á embriagar con nuevo incienso
á tu ídolo.
Elena. ¿Qué se entiende
á mi ídolo?
Sim. Sí: ya es tiempo
de hablarte con claridad,
y mostrarte quán funesto,
quán detestable es partir
con desigualdad su afecto
una madre entre sus hijas:
no es de otro principio efecto
el orgullo que despues
las precipita en el seno
de la miseria mayor.
Prud. Tio, por Dios...
Sim. Nada en esto
tienes que hablar. Pronto, Elena,
vas á conocer tu yerro.
Elena. Me procuró vm., señora, *A su hija.*
un rato de sermon bueno.

Prud. Yo, señora...

Elena. Vm., vm.

Sim. Te engañas, Elena, en eso
como en todo. Eres su madre:
no lo olvides.

Elena. ¿Y el recuerdo
de que es hija, cómo no haces
á ella tambien?

Prud. ¿Mas yo qué he hecho
que ofenda á vm.?

Elena. Nada, nada:
me disgustas: yo no puedo
mirarte sin enfadarme.
Vete de aquí.

Prud. Os obedezco. *Vase.*

Elena. Solo de verla me irrito.
Ya lo he dicho todo.

Sim. Cierto,
que todo lo has dicho.

Elena. Nada
me he dexado en el tintero.

Sim. Muy bien: pues óyeme ahora.

Elena. Sea breve el sermon.

Sim. Veo
que para tu hija Rosita

es tu corazon entero,
y que á la amable Prudencia,
excluyes de él.

Elena. Está bueno.
Amable... *Con ironía.*

Sim. Sí, Elena, amable:
lo digo yo que lo entiendo.

Elena. Dices muy bien: todo el mundo
la adora: por ella tengo *Con ironía.*
la casa tan freqüentada.
Es muy amable: el obsequio
que recibe de los hombres
lo acredita.

Sim. Por lo ménos
tiene para recibirlo
un mérito verdadero.
Si la virtud no se busca,
y los hombres sus obsequios
reservan á la belleza,
con exclusion del talento
y buen corazon, consiste
en que hay escasez de cuerdos,
y sobran los locos. Sigue
amor del capricho ciego
la inspiracion comunmente;

y á fé, á fé, que es un objeto
del mayor interés: todos
aman: no todos consejo
piden á su reflexîon:
se enamoran, y allá va ello.
Tales son los partidarios
de tu Rosita. ¿Qué es eso?
Ríeteme cara á cara,
y no me tuerzas el gesto
para reir entre dientes.

Elena. Mi risa es mia; y yo puedo
reir como me acomode.

Sim. Desde el rincon de mi pueblo
sé quanto pasa en tu casa.
Mi hermano en su testamento
me encargó que de sus hijas
cuidase, tal vez creyendo
que tú...

Elena. ¿Qué creyó de mí?

Sim. Que á segundo casamiento
podria tu vocacion
conducirte.

Elena. Y no fuera eso
muy extraño. No soy pobre:
de los quince años conservo

las gracias, genio y figura,
y tengo quien en secreto
me lo dice. Solamente
el inconveniente encuentro
de que Prudencia me vuelve
vieja: como yo no espero
que haya medio de casarla,
me consumo. ¡O! Si el talento
y ayre encantador de Rosa
tuviera, bien presto, presto,
presentarias dos bodas,
y tal vez tres: que yo puedo
echar sobre mí las cuentas
algo largas.

Sim. Pues no quiero
que por mí tuerzas el giro
de tan brillantes proyectos.
Responde á quatro preguntas
que voy á hacerte. Convengo
en casar primero á Rosa,
pues es tu gusto; y ya creo
que habrás echado tus líneas
con seguridad sobre ello.
¿Tienes *in pectore* el novio?

Elena. Elegido no lo tengo;

mas donde hay tantos que ruegan,
la eleccion se hace al momento.
Sim. Y bien: yo tengo entendido
que hay un Don Angel Robledo,
visita de casa; y ese
es un partido estupendo.
Elena. Así, así. *Con burla.*
Sim. ¿Qué significa
así, así?
Elena. Que es pasadero.
Sim. ¿No mas?
Elena. ¿Te parece poco,
quando se habla con respecto
al mérito de Rosita?
Sim. Ya sabes que es caballero.
Elena. ¿Y por ese lado aquí
no se puede escupir recio?
Sim. Es rico, es jóven.
Elena. ¿Y Rosa
es pobre, ni vieja?
Sim. Pero
sus caudales son mayores
que los tuyos con exceso.
Y no es uno de estos fátuos
mayorazgos, que solemos

ver, de trampas y de vicios
hasta los ojos cubiertos.
Elena. Tanto mejor para él.
Sim. Sus costumbres y su genio
lo hacen muy recomendable.
Elena. Yo no he de hacer el proceso
de su beatificacion.
Sim. ¿Dudas tú que su talento
es muy grande, y que su juicio
no es menor?
Elena. Yo ni lo niego,
ni lo afirmo, ni lo dudo.
Sim. Por los principales pueblos
de la Europa ha viajado
al lado de un buen maestro
por instruirse.
Elena. ¡Ah!... viajante...
gran principio de embustero.
Sim. Este es todo un sabio: en plata
es un filósofo.
Elena. Bueno. *Se rie.*
Sim. ¿Te ries?
Elena. ¿No he de reirme?
La cosa no es para ménos;
pues mas que un marido, pintas

un director de museo.
Mira, Simon; quiero hablarte
clarito: yo para yerno
no quiero un hombre de letras;
porque para el bello sexô,
un sábio es un animal
lúgubre; y no mas es bueno
para exâltarnos el flato.

Sim. Bien sabe Dios que tolero
tus sandeces, porque nunca
te quejes de mis consejos.
Si no quereis á Don Angel,
¿quál es el designio vuestro?

Elena. ¿Sabes que aspiran de Rosa
á merecer el afecto
Barones, Condes, Marqueses,
y mil títulos diversos?

Sim. Fátua, fátua; ¿un titulado
puedes esperar por yerno?

Elena. ¿Y no lo merece Rosa?

Sim. Mira que mi sufrimiento
vas apurando. ¿De dónde
saldrá ese título?

Elena. El tiempo
puede mucho; y porque rabies,

Con prontitud.

te digo que ya lo tengo.

Sim. ¿Cómo?

Elena. Sí, sí: titulado
(nada ménos) será el yerno.

Sim. ¿Y quién es ese señor
que se digna honrarnos?

Elena. Luego
lo verás. Es el Marques
de Belflor.

Sim. ¿Ese mozuelo
casquivano, jugador,
antojadizo, cubierto
de trampas, gran director
de bayles?

Elena. Vaya, que has hecho
un retrato como tuyo.
El Señor Marques es bueno
como el buen pan, y no tiene
trampas, porque mi dinero
las ha satisfecho todas.

Sim. ¡Buen Dios, en qué parará esto!
¿con que tú has comprado el novio
para tu hija?

Elena. Pensamiento

como tuyo. ¿Qué señor
vive sin trampas? Los tiempos
estan malos: es preciso
sostener el lucimiento
de la clase.

Sim. Está muy bien:
dexémonos de argumentos
que me cansan la cabeza,
y no he de sacar provecho.
De Don Angel no hay que hablar.

Elena. Si no es título...

Sim. Me alegro.
Y por hablarte, cuñada,
de una vez, y sin rodeos,
te digo, que nunca tuve
á Don Angel por tan necio,
que obsequiase á tu Rosita
mas que por un pasatiempo.
Y el señor Marques, tu digno,
ó tu dignísimo yerno,
que siempre para gastar
ha sido un pozo sin suelo,
¿cómo podrá sostener
ese fausto y lucimiento,
que para tí es tan preciso,

como para mí superfluo?

Elena. Todo lo tengo pensado.
La Prudencia en un Convento
podrá cerrarse: fachenda
que no costará mil pesos;
y así queda para Rosa
todo el patrimonio entero.
Tú estás sin hijos, y vale
medio millon, quando ménos,
tu hacienda, y á la Rosita
la mandarás: nada en esto
harás que ella no merezca.

Sim. Yo soy castellano viejo:
es decir, que soy un hombre
tan honrado como ingenuo:
cada oveja, dice el dicho,
con su pareja. No entiendo
eso de tener sobrino
á quien dar Usía. Es bueno
y honrado nuestro linage;
pero en todos mis abuelos,
y aun en sus acreedores,
memoria alguna conservo
de que haya habido un Usía;
y así por locura tengo

tu proyecto.

Elena. Muy mal va
quien no medra.

Sim. Yo no quiero
mas conclusiones. Prudencia
no ha de cerrarse en Convento
por capricho tuyo. Yo
la adopté desde el momento
por hija mia ; conmigo
vendrá mañana á mi pueblo:
yo la casaré á mi modo,
pues que sin hijos me veo.
Mas la parte que la cabe
del patrimonio paterno
vendrá tras ella , ó segura
la he de dexar ; porque quiero
nombrarla por mi heredera
universal.

Elena. ¿Cómo es eso?
¿A la Prudencia darias
todos tus bienes?

Sim. La tengo
desde hoy por hija , y será
de mi vejez el consuelo.

Elena. ¿Qué? ¿no es tambien tu sobrina

la Rosita? ¿y no es objeto
mas digno de tu memoria?
Vaya que era lindo cuento.

Sim. Yo dispongo de mis bienes
como haces tú de tu afecto,
que agraciando una hija, dexas
á la otra en un desconsuelo.
Y con la gran diferencia
que yo por razon procedo,
y tú por extravagancia,
ó ilusion de tu mal genio.
Mas porque veas que opino
con rectitud, te doy tiempo
para que te reconozcas.
La resolucion que he hecho,
tú misma puedes variarla:
si con mas sano consejo
admite Rosa á Don Angel
(que él la quiera suponiendo;
cosa que en verdad la dudo)
que cuente con diez mil pesos,
y con toda mi ternura;
y si no acabóse el pleyto:
mañana con la Prudencia
me restiruyo á mi pueblo;

y no más Corte, no mas
cuñada, no mas enredos,
y no mas sobrino Usía
que me alborote los sesos.

Elena. Está bien: Rosita sale.

Sale Doña Rosa.

Rosa, ¡Ola! ¿se habla de mí?

Sim. Cierto:
tu tio, que como siempre
opinó á lo lugareño,
da en que has de elegir un novio
del esquadron de cortejos,
que te cerca, y su manía
es que ha de ser al momento.

Rosa. El tiempo no se me pasa.

Sim. Para un casamiento bueno
nunca es temprano.

Rosa. En casando
la muger jóven, lo ménos,
de sus gracias y hermosura,
pierde un ochenta por ciento.

Elena. ¿No ves, Simon, qué viveza
de espíritu?

Sim. Allá en mi pueblo
se llaman bachillerías

y descoco. Mas dexemos
toda disputa; y si fuera
el novio un título, creo
que no pierde la muger.

Rosa. De la medalla el reverso
es ese, tio; que entónces
gana el ochenta por ciento.

Sim. Pues sobrina, yo he sabido
que hay un Don Angel Robledo
que te obsequia.

Rosa. Sí; pero ese
no es título.

Sim. Es caballero,
y es un filósofo.

Rosa. Un sabio
en la clase de cortejo,
es un adorno; y en clase
de marido es un perpétuo
podregorio. Si se ofrece
baylar de pronto un bolero,
se debe contar con él
lo mismo que con un muerto:
si oye la guitarra, dice
que se le rompe el celebro:
si es menester que una tarde

cuide de un perro faldero,
no sabe hacerle un cariño,
ó da con él en el suelo.
Y sobre todo, Don Angel
no es título, y mis proyectos
pican mas alto.

Sim. Ya sé
que tu madre en el enredo
anda de comprarte un novio
titulado, y así va ello.

Elena. Lengua infame... al fin cuñado.
Ya lo dixe todo.

Sim. Quiero
irme, y dexaros en paz.
Pero Elena, al perro viejo
no hay tus, tus que valga. ¿Estás
en lo que dixe?

Elena. Me acuerdo.

Sim. Pues lo dicho, dicho. A Dios. *Vase.*

Elena. Este demonio de viejo
perdido está por Don Angel.

Rosa. ¿Sí? Pues yo pondré remedio.
Ines, Ines.

Sale Ines.

Ines. Ya está aquí.

Rosa. Ines atiende: en viniendo
Don Angel, díle que excuse
el volver: que en ningun tiempo,
ni lugar donde me encuentre,
me haga el menor cumplimiento,
ni aun con los ojos. ¿Estás?
Ines. Sí señora; estoy en ello.
Rosa. Y vm., madre, á dar á la obra
la última mano: debemos
hacer que firme el Marques
esta tarde los conciertos.
Y no hablo al ayre, que estan
aguardando por momentos
mi decision tres Barones:
el del Céspede, el del Hierro,
y el de la Vega, sin otros
que estan por mí medio muertos.
¡Qué conquistas hago! Soy
la Cárlos Doce del sexô.
Elena. Bendiga Dios, hija mia,
ese donaire y despejo.
Vase con Doña Rosa.
Ines. Soltóse el relox, y dió
todas las horas á un tiempo.
Pero aquí es ella, que viene

mi buen Don Angel: le tengo
mucha lástima.

Sale Don Angel.

Ang. Felices
tardes, Ines. Díme, ¿puedo
ver á Madamas?

Ines. Yo juzgo
que es mala ocasion.

Ang. Pues dexo
cabalmente mil quehaceres
por verlas.

Ines. Vm. ha hecho
bastante mal.

Ang. Mas si sabes
quán ardiente es mi deseo
de ver á Doña Rosita...

Ines. Sin embargo, lo primero
siempre es lo primero.

Ang. Nada
es ántes que el fino afecto
que á Doña Rosa me lleva
á tributarla el incienso...

Ines. Ya, ya estoy: con todo, insisto
en que esta vez mejor hecho
hubiera sido atender

á otras cosas; pero á tiempo
me parece que está vm.
Puede volverse sin miedo
de hacer falta, y evacuar
sus asuntos.

Ang. No te entiendo.

Ines. Yo me explicaré: es el caso
que lo que es por hoy, no encuentro
posible que vea vm.
á Doña Rosa.

Ang. ¿Qué es esto?
¿qué novedad ha ocurrido?

Ines. Mañana todo el suceso
sabrá vm.

Ang. Ines, por Dios,
me llenas de mil recelos:
dime lo qué hay.

Ines. ¿Pues no es cosa
bien graciosa que el enfermo
dé en que se quiere engullir
el brevage descubierto,
quando el médico pretende
darlo en píldoras envuelto
que el amargor disimulen?

Ang. ¿Y qué quiere decir eso?

Ines. Dí á vm. una despedida
envuelta en un cumplimiento
muy fino, y vm. la quiere
descubierta. La órden tengo
de decir á vm., que mi ama
no quiere desde hoy mas verlo,
ni que vm. vuelva á su casa,
ni que vm. haga recuerdo
de su amor: bien entendido,
que de esta fineza en premio
mi ama, por su parte, ofrece
hacer con vm. lo mesmo.

Ang. ¿Te burlas, Ines?

Ines. La cosa
no es para burlas.

Ang. No puedo
sostenerme. Desdichado...
¿en qué la ofendió mi afecto?

Ines. En no ser Conde ó Marques,
á mi juicio, está el defecto;
y tal vez otro que lo es
aspirará...

Ang. Ya te entiendo.
Pero este Marques no la ama,
que la engaña.

Ines. Allá verémos,
dixo Agrages ; y otro tanto
dirá mi ama.
Ang. El sentimiento
de su ruina me atraviesa
el corazon. ¿Mis obsequios
olvida así? ¿la ternura
de un sencillo y noble afecto
abandona Doña Rosa
por un vano lucimiento?
Ines, entre quantos vienen
á rendirla sus obsequios,
¿hay uno que la haya amado
mas firme, ni mas ingenuo
que yo?
Ines. Es verdad ; pero vm.
se lo ha dicho unos quinientos
millones de veces ; y hay
señoritas de tal genio,
que se hace preciso amarlas
sin decírseles.
Ang. Yo siento
un fuego que me consume
las entrañas. ¿Dónde, ó cielos,
me ocultaré? Yo estoy fuera

de mí. ¿Y éste será el premio
de mis amorosas ansias?
¿Un rival que los desprecios
merece de todo el mundo
me ha de robar el objeto
de tantos finos suspiros,
tantos perdidos lamentos,
tantos cuidados? La vida
sin Doña Rosa aborrezco.

Ines. Juicio, Don Angel; cordura.

Ang. ¿Perder así mis afectos?
¿qué me interesa ya todo
quanto encierra el universo?

Ines. Don Angel, si una muger
puede á un sabio dar consejos,
yo digo á vm. que se vaya;
y que dando tiempo al tiempo
no se consuma, que acaso
mañana vm. mas sereno
tendrá por buena fortuna
lo que hoy tiene por suceso
desastrado. Yo me voy,
que de verlo casi tengo
las lágrimas en los ojos. *Vase.*

Ang. Infeliz de mí... ¿Qué es esto?

¿sueño ó deliro? Cubrirme
quiso de ignominia el cielo,
y de amargura. ¿Tan poco
valgo, que vencido quedo
por un rival despreciable?
¿qué pensará de mí el pueblo,
que mi pasion declarada
ha visto por tanto tiempo,
y con teson sostenida?
Esto es lo que pesa ménos
en mi corazon. Tu suerte
Doña Rosa me ha cubierto
de horror. El amor me venga,
pues que te va á hacer objeto
del público escarnio. ¡O jóven
desgraciada! ¡ó quánto en esto
me martirizo! Si fueras
á los brazos de un sincero,
virtuoso jóven, yo
desistiera de mi empeño;
pero te miro en el borde
de un precipicio, y no puedo
mis lágrimas contener.
Tú te pierdes, y yo pierdo
para siempre mi quietud.

¡Estos son del bello sexô
los sentimientos! Infiel
Doña Rosa: no, yo quiero
verla, y oir de su boca
el formidable decreto
de mi muerte, que aun así
me será amable. Apuremos
toda la ponzoña al vaso,
y al valor todo el esfuerzo.

ACTO SEGUNDO.

El Marques y Doña Elena.

Elena. ¿Con que es asunto concluido,
señor Marques? Los conciertos
se firmarán, y mañana...
Marq. Ya nada hay que hablar sobre ello:
se firmarán.
Elena. Como Rosa
os profesa tal afecto,
y de tantos pretendientes
se halla cercada...
Marq. Lo entiendo.

Elena. Es que conviene quanto ántes
quitar estorbos de enmedio.

Marq. No hay que hablar: estoy en todo:
de otra materia tratemos.
He reparado que nunca
tuvó vm. igual acierto
en prenderse. ¡Qué bello arte!

Mirándola con un anteojito.

¡qué gentileza de cuerpo!
qué gusto tan exquisito,
simple y natural! No puedo
ménos de admirarlo. Vm.
es de las gracias modelo.

Elena. ¡O!... Si no hay otro Marques
para obligar con obsequios.

Marq. ¡Caramba, y qué ayre tan fino
de conquista! Estoy creyendo,
que vm. se quita de encima
los años, y que volviendo
va á la amable juventud.

Elena. En quien tuvo buen aspecto
la primavera, el otoño
siempre es brillante.

Marq. El gracejo
es como vm. Si digo

Todo con un poco ayre de burla.

que en la figura y el genio
se va quitando de acuestas
vm. los años. Apuesto
qualquier cosa á que ninguno
la da á vm., por su ayre y gesto,
la mitad de los que tiene.
¡La verdad! ¿quántos inviernos
han pasado por encima
de esa cutis? Y prevengo
á vm., que tengo muy fixas
reglas para conocerlo;
pero saberlo quisiera
de boca de vm., que temo
que esta vez todas mis reglas
van á equivocarse.

Elena. Quiero
hablar á vm. francamente.
Señor Marques, yo me cuento
por de edad de unos treinta años;
pero la verdad, ya tengo
treinta y cinco.

Marq. ¿No lo dixe
que lo erraba?

Elena. ¿Pues qué tiempo

me daba vm.?

Marq. Sus cincuenta
bien cumplidos, por lo ménos.

Elena. ¡Jesus, Jesus! ¿Pues el garvo,
la gentileza y despejo
que vm. decia?

Marq. Con todo,
hay que reponer contra eso.
¿Treinta y cinco años no mas?
¡Y un tan sublíme talento,
un espíritu tan fino,
un pensar tan noble y recto,
un saber tan consumado,
un tan prudente manejo,
una elevacion tan alta
de exquisitos sentimientos,
un discurrir con tal tino
y prudencia! No, yo pienso
que vm. me engaña. Es muy corto,
mi Doña Elena, ese tiempo
para adquirir tal conjunto
de prendas. Vm., sin riesgo
de que la desmientan, puede
decir que lleva en el cuerpo
los cincuenta, y algo largos.

Elena. Qualquiera otra por desprecio
lo tendria ; pero en boca
de vm. todo es un gracejo.
Marq. No señora, no me burlo:
lo digo como lo siento.
¡Treinta y cinco! ¡á los sesenta
con un juicio tan completo!
Este es milagro.
Elena. Marques,
esta noche los conciertos
se han de firmar, y en seguida
se publíca el casamiento.
Marq. ¿Con que se ha de publicar?
Coram populo. ¿No es esto?
Elena. No señor: á la tertulia
lo hemos de hacer manifiesto;
y luego rabie el que rabie.
Marq. No hablemos de cumplimientos
ni ceremonias, que solo
de pensar en ellas tiemblo.
Busquemos conversacion
mas divertida.
Elena. Creyendo
que puede á vm. hacer falta
para el gasto y lucimiento

de la boda algun caudal...

Marq. Cierto, que ayer en el juego
se me lleváron sesenta
medallas. ¡O!.... y aun me acuerdo
que quedé debiendo diez.

Elena. Lo creo: sois caballero,
y sabeis lucir muy bien
vuestras rentas. Aquí tengo
para de pronto seis vales,
todos de á seiscientos pesos,
y á mi favor endosados:
muy bien puede vm. con ellos
lucir la boda.

Marq. Bien: vengan,
Doña Elena, no hay remedio;
vm. hace lo que quiere
de mí. Pero si no encuentro
medio de oponerme á nada
de lo que hace vm.

Elena. Es cierto:
mas quisiera....

Marq. ¿Aun no está vm.
con la bondad de mi genio
satisfecha? ¿Todavia
hay que argüirme? Yo protesto

que el mérito vm. me quita
de un amor puro, sincéro,
y sin interes: con todo,
hacerla quise el obsequio
de admitirla su expresion
solo en muestra de su afecto,
no por lo que ella es en sí;
y así á otro punto pasemos,
que en este estamos solventes.

Elena. No esperaba de vm. ménos.

Marq. Hablemos de Doña Rosa;
que ella, y no vuestro dinero
de mi constante ternura
es apreciable objeto.

Elena. A punto la nombra vm.,
que aquí llega.

Sale Doña Rosa.

Marq. Ya voy viendo
que mi afecto para vm.,
señorita, es mas sincéro,
y mas ardiente que el suyo
para conmigo.

Rosa. No entiendo
á donde va á parar esa
reconvencion.

Marq. ¿Quánto tiempo
me hace vm. aquí aguardar?
El gusto de verla...
Rosa. ¡Bueno,
señor Marques! y ha por horas
que á Ines preparada tengo
para que diese el aviso
de venir vm.; y creo
no ha tres minutos que entró
con el recado.
Marq. Lo ménos
hace hora y media que está
de planton en este puesto
todo un Marques de Belflor.
Rosa. No sé que pueda ser eso.
Marq. ¿Lo digo yo, y no será?
Elena. Déxalo, Rosa: su genio
conoces ya: en este punto
de llegar acaba.
Marq. Pienso
que vm. se equivoca.
Elena. Apénas
ha tres minutos: de cierto
sé que no llega á los quatro:
que bien contados los llevo.

Marq. Basta; no replico: vm.
en posesion y derecho
está de hacerme creer
quanto quiere. Pues protesto
á vm., que esos tres minutos
me han parecido lo ménos
hora y media: de mi amor
puede ser que sea exceso:
que el esperar á un amante
vuelve siglos los momentos.

Rosa. Vaya, que es muy obligante
el señor Marques.

Marq. No suelo
serlo con todas: aquí
otra voluntad no tengo
que la del bien que idolatro:
y en el arte del obsequio
discípulo de amor mismo
soy, y no del cumplimiento.

Elena. En oro debe engastarse
esa lengua. Ya de acuerdo
estamos, Rosa: esta noche
se firmarán los conciertos:
mañana serás Marquesa
de Belflor.

Rosa. En todo el pueblo
no se hablará de otra cosa.
¡Qué envidias en el un sexô!
¡qué zelos habrá en el otro!
Marq. Doña Rosita, lo cierto
es que casando vm., quedan
lo ménos al bello sexô
doscientas plazas vacantes.
Rosa. Las que habria con el tiempo
serian mas. ¿Sabe vm.
que en este mismo momento
la mas brillante ocurrencia
se me vino al pensamiento?
El título de vm. es
Marques de Belflor: yo creo
que se ha corrompido el nombre,
y no es extraño; pues tengo
oido que el marquesado
en los mas remotos tiempos
fué fundado; y que proviene
de los Moros, quando ménos.
Marq. No señora: de los Godos.
Rosa. Para mí todo es lo mesmo.
Lo que digo es, que Belflor
allá en tiempo de los Griegos,

tal vez se pronunciaria
Bellaflor; y al fin, lo cierto
es, que esto suena con otra
delicadeza y gracejo,
y que es significativo:
y así, quando nos casemos,
quiero que el título sea
el que debe, y nos llamemos
Marqueses de Bellaflor.

Elena. Bendiga Dios tu talento,
hija mia: como tuya
es la ocurrencia.

Marq. Y teniendo
la posesion venturosa
de la flor del universo,
el Marques de Bellaflor
debo llamarme.

Elena. En ingenio
y en bizarría compiten
vms., que es un portento.
Señor Marques, á enmendar
el título en los conciertos.
Dé vm. vuelta por su casa,
que el Notario, á lo que creo,
habrá ido ya.

Marq. Bien: yo voy,
y dentro de poco vuelvo.

Vanse el Marques y Doña Elena.

Rosa. A fé que se da buen ayre
mi madre: mi casamiento
va por la posta: seré
Marquesa, y rabie el maulero
de mi tio, que á la insulsa
de mi hermana su dinero
quiere dar: la desgraciada
ni aun así tendrá un cortejo,
quanto ni mas un marido.

Sale Ines.

Rosa. ¿Dónde vas con ese gesto
melancólico? Si estás
de mal humor, huye luego
dos ó tres leguas de aquí.
¡Ay Ines! ya me lo pienso.
Séria estás, porque el Marques
algun regalo no te ha hecho
en solemnidad del dia.

Ines. Lo que á mí me ocurre ménos
es eso.

Rosa. Calla, que él sabe
su deber como el primero.

Es señor, y no harán falta...
Ines. Promesas y cumplimientos,
que es el gran vocabulario
de tal gente. Lo que tengo
es que me da que pensar
ese tio, cuyo empeño
es el hacer su heredera
á Doña Prudencia.
Rosa. Bueno:
¿y tú lo crees?
Ines. El hombre
es capaz de algo mas que eso.
Rosa. Déxalo estar. Vaya, Ines,
¿no ves como mis proyectos
se logran? ¿no te decia
que andaba por mi celebro
rodando la Señoría?
¡Qué envidias habrá en el pueblo!
Doña Juanita, la hermana
del Capitan de Ingenieros,
Doña Luisa, la sobrina
del Baron de Monteseco,
Clarita la melindrosa,
la nieta del Consejero;
todas, todas á rabiar

vàn de envidia. Fuera bueno
el que diese yo mi mano
á un particular: no, cierto
que desde niña tuve ayre
de Marquesa; y aun me acuerdo
que jugando á las visitas
con muchachas de mi tiempo,
mi madre hacer me mandaba
el papel en estos juegos
de Condesa ó de Duquesa.

Ines. Y la leccion aprendiendo,
vm. lo llevó adelante,
y se le quedó en el cuerpo
la aficion á ser Condesa.

Rosa. Conozco bien que para ello
he nacido.

Ines. ¿Y las amigas,
de vm., con el cumplimiento,
la han de tratar de Usía?

Rosa. Sí, que pasáron los tiempos
del vm.: subo á otro rango,
y es preciso los derechos
de la clase conservar.
La verdad, Ines, ¿no tengo
un ayre muy natural

de señora? El movimiento,
el mirar, y las maneras
tan exâctas que poseo
en producirme, ¿no estan
muy de justicia pidiendo
que en la clase titulada
se coloquen? No, no debo
confundirme con las muchas
que para ocupar naciéron
lugar mediano en el mundo,
cercanas al baxo pueblo.

Ines. ¿Con que es decir, ama mia,
que de vida mudarémos
en casando vm.?

Rosa. No toda
se mudará; pero debo
pensar ya como señora,
y arreglar sistema nuevo
en ciertos puntos. Tengo hecha
la distribucion del tiempo
qual conviene á una muger
de calidad.

Ines. ¡Qué perfecto
será ese plan!

Rosa. Por estilo

geométrico lo he dispuesto.
Cama, doce horas; y dos
comida y cena: el espejo,
otras dos: conversacion
guitarra, bayle, paséo
y teatro, seis: dexo una
sin destino para aquellos
objetos que se ofrecieren,
segun se presente el tiempo.
A la instruccion y lectura
un quarto de hora reservo:
dos para tratar contigo
de mis asuntos secretos;
y el quarto de hora que queda
lo destino todo entero,
para cuidar de la casa,
que tambien me merece esto
muy grande atencion; y está
bien distribuido y completo
el dia de una señora
de calidad.

Ines. Pensamiento
como de vm., y no digo
mas.

Rosa. El elogio has hecho

cumplido, y con concision.

Ines. ¿ Querrá vm. creer que siento
el desayre de Don Angel?

Rosa. A mí me da rabia. El necio,
preciado de su ternura,
se creyó muy de ligero.

Ines. Y fué culpa hacer de vm.
confianza?

Rosa. Fué un exceso
de satisfacion creerse
con mérito verdadero
para aspirar á mi mano,
por victoria de su afecto,
siendo un caballero á secas.
Si recibí sus obsequios,
en el honor de admitirlos
tuviéron sobrado premio.

Ines. Va bien: no replico.

Rosa. A mas
procedió muy indiscreto
conmigo; pues al principio
todo era ternura; y luego
dió en contradecirme á todo
quanto hacia: y de cortejo,
á pretexto de juicioso,

se me convirtió en maestro.
En fin salí de él. Aguarda
aquí, por si sale el viejo,
el regañon de mi tio;
porque yo no quiero verlo
hasta que queden firmados
por el Marques los conciertos,
y solemne en el papel
esté la boda. *Vase.*

Ines. Lo entiendo.
Esto es una Babilonia:
la madre aprieta el asedio
del Marques; ¡pero él firmar
los contratos! No lo veo
todavía: ¡qué sospechas
me ocurren!

Sale Juanon.

Ines. ¿Qué busca el bueno
de Juanon por esta casa?

Juan. Esto es que buscando el perro,
hallé la liebre.

Ines. ¿Que siempre
has de hablar con un misterio
y un énfasis, qual si fueras
hombre de mucho provecho?

Juan. Creo al ménos que lo soy;
y á otros con solo creerlo
les salió muy bien la cuenta.
Y para no andar muy léjos,
el *verbi gratia* podria
poner en mi amo.
Ines. ¿Y qué es ello?
Juan. ¡Friolera! que ha creido
que podia en un momento
sacudir un grande enxambre
de polillas, que royendo
estan todo lo que tiene,
y se sale con su intento.
Ines. La verdad, ¿esas polillas
son muchas?
Juan. Así: unas ciento
suelen venir cada dia,
y las mas del extrangero,
que son polillas crueles:
y ya no encuentro remedio,
que aunque sutil mayordomo,
se va apurando mi ingenio.
Mas mi amo el Marques va á echar
un truco por alto, y presto
él quedará sin polillas,

y yo con mucho sosiego.
Ines. ¿Pero ese truco por alto
sabes tú que sea cierto?
Juan. Su Señoría á mí nunca
me revela estos secretos;
mas sé que votos conformes
lo asegura todo el pueblo.
Ines Juanon Juanon, para ver
vivir. *Vase.*
Juan. ¡ Estaría bueno
que habiendo ya consentido
en que el feliz casamiento
de mi amo el Marques nos saque
con garbo y con lucimiento,
á él de tantísima trampa,
y á mí de tantos enredos
con que tengo que acallar
sus acreedores, en nuevos
laberintos nos metiese
algun azar! Mucho temo;
que esta Ines es mas aguda
que hambre de Escribano, y pienso
que quando me habla con dudas
algo habrá visto en el cielo.

Sale Don Simon.

Sim. ¡Ola! gente nueva: este hombre
lo he visto otra vez: conservo
especie de su figura.
Creo que he dado en el cuento.
¿No eres Juanon, el criado
de Don Angel de Robledo?

Juan. Concedo á vm. la mitad;
la otra mitad se la niego.

Sim. Cabal: en lo socarron
te conozco. Y bien: ¿qué es eso
de conceder la mitad?

Juan, Ha dado vm. por supuesto
que soy Juanon: es muy cierta
esta mitad: la otra niego,
que es el servir á Don Angel.
Le serví; pero mas recio
escupo ya: Mayordomo,
Gentilhombre y Tesorero
soy del Marques de Belflor.

Sim. Has hecho grandes progresos
en tres años que ha que falto
de la Corte: mas no entiendo
por qué hayas dexado un amo
como Don Angel. Sospecho
que él no podria sufrir

tus sandeces.

Juan. Aun conservo
su gracia; pero él cayó
de la mia. Con exceso
mejoré de amo. Don Angel
dió en ser un poquito serio,
y algo impertinente. Todo
metido en sus pensamientos
y en sus libros, rara vez
se veía en los paseos,
ni en el teatro; y apénas
salia por jubileo,
una vez á la semana
de casa. Yo el mejor tiempo
de mi juventud perdia,
como Monja en un Convento,
metido entre las paredes
de su casa.

Sim. ¿Qué? ¿al paseo
no te dexaba salir?

Juan. El no me impuso precepto
de no salir; pero estando
el amo en casa, ¿podemos
los que servimos tomar
la capa, andar de jopeo,

correr, si se ofrece, un gallo
con quatro amigachos viejos,
y en fin, hacer otras cosas
que piden la edad y el genio?

Sim. Cierto, que no hay libertad
quando es algo circunspecto
el exemplo que da el amo.

Juan. Los que servimos, solemos
tener mas negocios fuera
que dentro de casa; y creo
que algo mas urgentes.

Sim. Ya:
necesitais todo el tiempo
para vosotros; y el amo
que se ahorque.

Juan. Y á mas de esto;
llegando el dia de cuentas,
me ponia á temblar.

Sim. Tengo
por generoso á Don Angel.

Juan. Mas no es de los que hilan gordo
en punto á cuentas: él nunca
queria deber un peso
á persona: lo pagaba
todo de contado, y luego

hasta lo más leve, todo
lo veía por sí mismo.
Y como no habia trampas
con modistas, peluqueros,
mercaderes, ni artesanos,
ni yo podia mi genio
lucir, ni de mis arbitrios
usar, y todo el talento
iba perdiendo: por fin,
la actividad de mi genio
estaba allí por demas.
Fuéme preciso por ello
buscar casa en que pudiese
lucirla.
Sim. Y la habrás bien presto
hallado.
Juan. Y muy de mi gusto:
es verdad que en consiguiendo
el servir con un señor,
se logra pronto el proyecto.
En las casas de estos sí
que hay proporciones y medios
de lucir un arbitrista
su ingeniatura: en efecto,
aquí se posee el arte

de cubrir un grande agugero,
aunque sea á la gran costa
de abrir tres ó quatro nuevos.
Sim. ¿Con que es decir, que el Marques
de Belflor es uno de esos
señores?
Juan. No hay mejor amo
para mí en el universo.
¡Qué liberal! Qual si fuera
estopa trata el dinero.
Lo mismo le da deber,
que el que le deban: si llego
á hablar de cuentas, se duerme,
ó cantar suele el bolero;
y aun tiene por gran baxeza
que hombre de su nacimiento
se ocupe en exâminar
si hay en las cuentas un cero
ántes, ó despues de un nueve.
En fin, todo lo manejo
á mi gusto, y él en nada
se mete: da por bien hecho
quanto dispongo: yo cobro
sus rentas: sus frutos vendo:
tomo dinero á ganancias;

y luego pago ó empeño
una alhaja, si lo piden
las urgencias.
Sim. Así irá ello.
¿Con que sin que él lo perciba
puedes arruinarlo?
Juan. Cierto:
pero soy hombre de bien.
Sim. Te conozco hace ya tiempo.
Juan. De un mayorazgo que goza
en Galicia, ahora mesmo
aquí le traigo las cuentas.
Sim. No serán largas.
Juan. De un pliego
ocupan la quarta parte
por una cara.
Sim. Lo creo:
que un mayorazgo en Galicia
es en Madrid un buñuelo;
y manejado por tí
todavía será ménos. *Vase.*
Juan. Para suegro de Don Angel
nació sin duda este viejo,
que siempre muy á la par
irian sus pensamientos.

Sale Doña Rosa.

Rosa. ¿Sabes, Juanon, si á su casa
se fué el Marques?
Juan. Yo sospecho
que no habrá ido, pues aquí
tiene su querer.
Rosa. No cierto:
aquí ya está despachado.
Juan. ¿Y bien?
Rosa. Eso por supuesto.
Juan. Yo doy á vm., y me tomo
la enhorabuena.
Rosa. ¿Qué es eso
de enhorabuena?
Juan. Pues ya
me entiende vm.
Rosa. Picaruelo, ¿y
por qué hablas tan solapado?
Juan. Yo no sé: mas todo el pueblo
está lleno de que mi amo....
su sastre, su reloxero,
su modista... por fin, todos
quantos el honor tuviéron
de servirle (que hasta ahora
no han disfrutado otro premio)

me embisten por esas calles
como si yo fuera un negro,
y pretenden que por fuerza
he de confesar lo que ellos
mas alegres que una Pascua,
por su interés, dan por cierto.

Rosa. ¿Y en la Corte qué se dice
de mí?

Juan. Nadie esperó ménos
de su mérito de vm.
que lo que logra. De nuevo
á nadie cogió: ántes todos
conformes dicen: el cielo
los crió, y ellos se juntan.

Rosa. Pero yo saber pretendo
qué es lo que de mí se dice
en particular.

Juan. Modelo
forman en vm. de todas
las señoritas del tiempo.

Rosa. ¿Quál es la que mas alaban
de mis prendas?

Juan. El talento.

Rosa. ¡El talento!... ¡O qué mal juzgan
sobre el mérito del sexô!

El talento, si no está
de una buena tez cubierto,
quiero decir, engastado
en un bello rostro, es fuego
de leña verde, que da
humo, y no calor.

Juan. Sobre eso
todos los hombres de gusto
se ponen tambien de acuerdo;
y ninguno duda que es
vm. de Madrid la Venus.

Rosa. Eso ya es hacer el juicio
con exâctitud. Yo creo,
Juanon, que por este lado
se descompuso el cabello.

Juan. No señora: no se forma
mas en regla un Regimiento
de Suizos.

Rosa. Desde que sirves
al Marques, eres discreto,
y en el arte de elogiar
te vas haciendo maestro.
¿Y el color?

Juan. Muy en su punto.
Y al cabo, el que sea ménos

Con algo de burla muy fina.

ó algo mas vivo el color,
no importa cosa; porque eso
siempre está en mano de vm.

Rosa. ¿Cómo en mi mano?

Juan. Digo esto;
porque vm. posee el arte
de avivar el movimiento
de su sangre con la fuerza
que á su activo pensamiento
sabe dar.

Rosa. No, no hay que hacer:
si estás un poco mas tiempo
con el Marques, á salir
vas todo un hombre.

Juan. Ya tengo
mucho andado para el caso.
Me parece que allí veo
al tio de vm.

Rosa. Escapo
á otra sala.

Juan. ¿Pues no es bueno
que me dicen que ha venido
este fantasma de viejo
á casar á su sobrina

Doña Prudencia, y que ha hecho
sobre ello empeño formal?

Rosa. ¡Ah tonto! la que hace empeño
en que la busquen marido
es mi hermana: sus deseos
son estos, y luego al tio
pone por testa de fierro.
Peste en todas las gazmoñas,
que en un exterior compuesto
la rabiosa gana cubren
que tienen de casamiento. *Vase.*

Juan. Vaya que á mi ama futura
no la falta medio dedo
para loca.

Sale Don Simon y Don Angel.

Sim. Juanon, vete.

Juan. Sin decirlo iba yo á hacerlo. *Vase.*

Sim. No conozco á vm., Don Angel:
tan distraido y suspenso
me da vm. bien que pensar.

Ang. Puedo decir que no tengo
motivo.

Sim. ¿Cómo? ¿tan bien
iniciado á vm. encuentro
en el arte pernicioso

del disimulo?

Ang. Sincero
soy qual siempre: á la amistad
conservo el justo respeto
que se le debe, y á vm.
no negaria mi afecto
qualquier secreto que en mi alma
produxese un sentimiento
de tristeza.

Sim. Pues Don Angel,
valga la razon: yo temo
que esta vez se engaña vm.,
ó me engaña. Considero
á vm. en un mal estado
de aflicion; y á fé lo siento,
porque le queria hablar
de cosas alegres.

Ang. Pero
¿porqué se detiene vm.?
Que me hallará, le prometo,
el mismo que siempre.

Sim. A ver
si es verdad. Sospechas tengo
de que su tristeza nace
de los azares y riesgos

que por lo comun produce
el solterismo. Me acuerdo
de aquellos años (alegres,
pero en verdad muy resueltos)
en que su padre de vm.
conmigo... Vaya, dexemos
memorias que mortifican
y saborean á un tiempo.
Pues digo, ¿qué adelantamos?
vm. no me oye: en el Cielo
pone los ojos, y yo
hago cuenta que hablo á un muerto.

Ang. No señor: prosiga vm.,
que yo con gusto le atiendo.

Sim. Amigo, yo iba á tratar
de que pensase de serio
vm. en casarse.

Ang. No:
por ahora humor no tengo
de pensar así.

Sim. ¡Ola! ¿vm.
se quiere hacer uno de estos
filósofos, que con quatro
disparates, con gracejo
producidos, satirizan

el matrimonio?

Ang. No cierto:
es, hablando en lo comun,
de las pasiones el puerto:
del humano corazon
el auxîlio y el sosiego.
Cotejadas las ventajas
del celibato, y sus riesgos,
con grande exceso al de aquellas
el número vence de éstos.

Sim. Está bien: ¿con que vm. mismo
decidió contra sí el pleyto?

Ang. Una regla general
tiene contra sí..

Sim. Lo entiendo.
Pero un hombre joven, rico,
sano, amable por su genio
y su figura, no puede
substraerse á los efectos,
de esta regla general.
Don Angel, todos tenemos
á su tiempo vocacion
de casados.

Ang. No lo niego;
y el matrimonio es la cosa

mas sencilla, si atendemos
de la fiel naturaleza
al prudente voto; pero
los hombres la han complicado
de tal manera, que tengo
el matrimonio por una
expedicion de gran riesgo.
Don Simon, es una empresa
muy árdua, segun lo han puesto
las leyes, y las costumbres.

Sim. Hoy preside el humor negro
á vuestros discursos. ¿ Puede
el casarse ser empeño,
en un hombre que no teme
ver su familia en el seno
de la indigencia?

Ang. ¿ Qué importan
los haberes? No podemos
con ellos vencerlo todo.
¿ No vé vm. quál van los tiempos?
¿ por qué dar vida á otros seres,
quando esperar no podemos
que sean felices? Yo
seguramente así pienso:
engendrar víctimas tristes

del desórden, que algun tiempo
detesten al mismo padre
por quien exîsten, ageno
es de quien nació sensible
á la ternura. Su ingenio
aplique el hombre social
á restituir al primero
estado de sencillez
al matrimonio, ó al ménos
quite los grandes estorbos
que su impolítica ha puesto,
verá sin otros discursos
cómo llena sus afectos
la vocacion general
que al matrimonio tenemos.

Sim. Esta vm. hoy insufrible:
el mundo siempre fué el mesmo,
y á pesar de todo, siempre
se casó el que pudo hacerlo.
Con esa filosofia
desesperada, dirémos
que vm. querrá en pocos años
hacer del mundo un desierto.

Ang. No haya vm. miedo que todos
sigan estos sentimientos.

Sim. Y el que los siga, que vaya
á habitar entre los cerros
del polo ártico, y que tenga
las fieras por compañeros;
pues no merece gozar
en la sociedad derechos.
Ang. Conoce vm. al Marques
de Belflor?
Sim. Y á qué viene eso?
¿La conversacion, sin duda,
quiere vm. cortar, ó un texto
me quiere citar en ella
que decida el argumento?
Ang. No señor: saber queria....
mas ya nada saber quiero.
A Dios, señor Don Simon,
que en breve á ver á vm. vuelvo. *Vase.*
Sim. Me parece que este jóven,
ó está enamorado ciego,
y me lo oculta; ó padece
mucho de tristeza: y siento
hallarlo en tan mal estado,
porque tenia resuelto
descubrirle mis designios;
que pues no pudo mi empeño

hacer fuerza en la sobrina,
á quien creí que su obsequio
dirigia el buen Don Angel;
la otra sobrina que tengo
lo merece mas : yo siempre
pensé que seria enredo
esto de querer á Rosa,
no siendo por pasatiempo,
un hombre de tanto juicio:
no está de humor : no hay remedio:
los jóvenes , aunque sabios,
siempre son jóvenes. Tiempo
y sol maduran las brevas.
La ocasion aguardarémos.

Salen Doña Prudencia y Ines.

Sim. En tí pensaba , Prudencia.
Prud. En el alma lo agradezco:
que segun las circunstancias
en que me hallo , considero
que como vm. no se acuerde
de mí , de nadie consuelo
debo esperar.
Sim. No me seas desconfiada.
Prud. Qué puedo
esperar yo de una madre...

Sim. Lo que es de ellas, nada bueno.
Aquí estoy yo, que he venido
á poner en órden esto.
Responde...

Sale el Marques por el fondo del teatro despacio, y mirando como con novedad á Don Simon, y se dirige hácia el lado opuesto.

¿Pero qué busca
por aquí aquel peluquero?
Ines. ¡Ah señor! Si es el Marques
de Belflor.
Sim. Mucho me alegro
de conocerlo. ¿Y por qué
viene de máscara?
Ines. Bueno:
¿vm. no sabe que es trage
de última moda?
Sim. En mi tiempo
vestian, como hoy los Condes,
en Madrid los peluqueros.
Apostar que no nos ve.
Prud. No lo extrañaré.
Ines. Y creo
que á mí se dirige.

Marq. Ines...

Ines. Señor Marques, ¿qué hay de nuevo?

Prud. ¡Qué fatuo! Ni aun de mirarnos
se digna.

Marq. ¿Quién es el viejo
que está por allí?

Ines. El cuñado
de mi ama.

Marq. Ya: caballero
de lugar. ¡Bravo! ¿Y aquella
es Doña Prudencia?

Ines. Cierto.
¿Quiere V. S. hablarla?

Marq. No:
tengo un quehacer por adentro. *Vase.*

Sim. Vaya, que para señor
gasta lindos cumplimientos.

Ines. Señorita, estoy rabiando
de ver que con tal desprecio
trate á vm. este hombre.

Prud. Yo
por felicidad lo tengo;
que en la muger es desgracia
el agradar á los necios.
Una buena cara, un ayre

de mundo, un pomposo genio,
suelen ser los atractivos
que se buscan en el sexô.
Mi hermana se halla *adornada*
de estas gracias, no me quejo
de que los hombres no me hagan
objeto de sus obsequios.
Pero no todos son fátuos:
alguno ha de haber entre ellos
sensible á otras gracias.

Sim. Dices
muy bien, sobrina. Yo llevo
cierto plan en la cabeza
que acredite tu concepto.
Pero dime la verdad:
¿un poquito de cortejo
no tienes? ¿tu corazon
vacío de todo afecto
conservas? ¿nadie te dice
una palabra? ¿qué es esto?
¿me miras, y al disimulo
suspíras? Vaya, en secreto
dime lo que hay.

Prud. Yo le quise,
Turbada, y con timidez.

y él me amaba: no lo niego:
mas soy infeliz. Mi hermana,
como tiene mas despejo,
mereció mas.

Sim. ¡Ola, ola!
Me parece que el misterio
penetro ya. Tú tenias
algun amante, y el necio
por tu hermana te ha dexado.

Prud. Sí señor.

Sim. ¿Pero en tu pecho
se conserva aun ese amor?

Prud. En el mio sí. *Con rubor.*

Sim. Me enciendo
de cólera. ¿Pues no tiene
Rosa un exército entero
de adoradores? ¿y quién
era ese galan? ¿es de estos
petimetres que degradan
el carácter de su sexô?
Háblame claro, sobrina.

Prud. Líbreme Dios; y un objeto
de mas mérito reserve
á mi corazon: si siento,
amable tio, el desayre

y la angustia que padezco,
es porque nunca he tratado
un hombre ni mas sincero,
ni mas justo : su candor,
su candor mismo, al travieso
genio de mi hermana ha dado
proporcion de sorprehenderlo.

Sim. ¿Y quién es ese señor,
que unós elogios tan tiernos
te merece?

Prud. Es...

Ines. Vaya, yo
se le diré sin rodeos:
es, para que otro no pierda,
un tal Don Angel Robledo.

Sim. ¿Cómo? ¿el hijo de mi amigo
Don Tomas?

Ines. Ese.

Sim. Me alegro:
valor, Prudencia; que yo
sobre ese mismo sugeto
tirado habia mis líneas,
y evacuar mi plan espero.
Con alegría.

Prud. No me engañe vm.

Sim. Muchacha,
te digo que hablo de sério.
Con abatimiento.
Prud. Pero si él está perdido
por mi hermana: está tan ciego...
Sim. Yo le haré cobrar la vista,
y que conozca su yerro.
En fin, si él me desayráre,
no está todo el universo
en su persona: bien pronto
otra boda te prometo,
y tal vez nada inferior
á esotra.
Prud. No, no pensemos
en eso, tio; ya ha dias
que pronunció su decreto
mi corazon: medio no hallo:
ó Don Angel, ó un Convento.
Sim. ¡Ola, sobrina! No seas
tan decisiva.
Prud. Mi genio
es franco: yo con otro hombre
ser venturosa no puedo;
y dudo que un igual fondo
de virtud en otro hallemos.

Ines. Pues el texto está á la mano
porque él llega.

Sale Don Angel.

Ang. Ines....
Sim. ¿Qué es esto?
¿A donde tan sofocado
y tan á la posta? Hablemos,
Don Angel, un poco á solas.
Ang. ¿Ahora mismo?
Sim. En el momento.
Prud. Tio, mire vm. que va
muy ocupado.
Ang. Ya entiendo
esa insinuacion. ¡Qué fina
es vm.!
Prud. Vaya: dexemos
la conversacion, que puede
hacer á vm. falta el tiempo.
Ang. No señora: Don Simon
es persona de respeto.
Prud. Está muy bien; pero á veces
incomoda un hombre serio.
Ang. ¿Tan frívolo me hace vm.
que no sepa los sucesos
distinguir, ni las personas?

Es verdad que yo para ello
he dado causa bastante;
mas todavía conservo
el uso de mi razon.

Prud. Guárdela vm. para empeños
en que un hombre ha menester
mucho juicio.

Sim. Bueno va esto:
¡qué flechitas se disparan
los dos así como en juego!
Cada instante en esta casa
descubro nuevo terreno.
¡Ah señor Don Angel! ya
he penetrado el secreto
de la tristeza. El asunto
es, amigo, á lo que veo,

Con entereza.

no solo de estar bien triste,
sino de caerse muerto.
Vamos, sobrina.

Vase con Doña Prudencia.

Ang. El rubor
yela la sangre en mi cuerpo.
Pero yo no puedo mas
con mi pasion: estoy ciego;

bien lo conozco. Ines mia...

Ines. ¿Tambien para mí hay requiebros?

Ang. Tú, que eres tan buena...

Ines. Sí;

¿y qué logro yo con serlo,
si no puedo adelantar
en favor de vm. un dedo?

Ang. ¿Soy tan desgraciado, Ines?

Ines. Porque vm. quiere.

Ang. ¿Y qué debo,
ó qué puedo hacer?

Ines. Echar
por otro camino, puesto
que el que vm. tomó se encuentra
intransitable.

Ang. ¿Un empeño
tan fácil, como el lograr
de tu ama que mi postrero
á Dios oiga, no has de hacer
por mí?

Ines. Vm. sabé su genio,
y yo sé la situacion
en que se halla: mi consejo
es que vm. excuse el duro
é insufrible sentimiento

de verla reir á costa
del dolor de vm.

Ang. Yo quiero
morir á sus pies: me ves
Ines á los tuyos puesto,

A este tiempo se dexan ver en el fondo del teatro Doña Elena y Don Simon.

que con toda mi ternura
el postrer favor te ruego
que me puedes hacer.

Elena. ¡Ola, ola,
y con qué encarecimiento
pide el último favor!

Sim. Pero, Elena, ¿qué será esto?

Elena. ¿Qué puede ser? Que los sabios
son tambien de carne y hueso.

Ines. Levántese vm., Don Angel,
que degrada sus respetos,
y me avergüenza.

Ang. Vé aquí, *Dándola un bolsillo.*
Ines mia, sino el premio
que tu fineza merece,
una muestra de mi afecto.

Elena. Tu amigo sitia las plazas
como el mejor Ingeniero.

¡Qué bien dirige los tiros!

Sim. No lo creyera, á no verlo.

Ines. Me enternece vm., Don Angel;
pero guarde su dinero,
que para hacer lo que pide,
es muy bastante el afecto
que siempre me ha merecido.

Elena. El va á abrir brecha; ya es tiempo
de que en socorro salgamos
de la plaza. Está muy bueno, *Salen.*
señor Don Angel: vm.
posee el arte y talento
de persuadir.

Ang. ¡Qué rubor!
¡por qué no me caigo muerto!

Elena. Ven conmigo, Ines.

Ines. Señora,
oiga vm.

Elena. Vamos adentro.
Y tú queda con tu amigo,
que tiene juicio y talento;
ha viajado, y es todo
un filósofo completo.

Vase con Ines.

Sim. Pero es posible Don Angel...

Ang. No hay en todo el universo
un hombre mas desgraciado.
¡Crudo amor, á tales riesgos
respeto y cordura expones
de un hombre de honor!

Sim. Muy bueno:
¡por tan baxo amor comete
hombre como vm. tal yerro!

Ang. ¡Ay que es muy otro, y muy digno
de mi pasion el objeto!
Pero yo debo ocultarme
á la faz del universo.
Téngame vm. compasion,
señor Don Simon: le ruego
que crea, que en lo que ha visto
hay oculto otro suceso;
y suceso tal, que debe
costarme la vida. Al cielo
interpongo por testigo
de mi inocencia: no puedo
sostenerme: Don Simon,
para nada estoy: el tiempo
dirá á vm. que soy un hombre
infeliz, pero no un reo. *Vase.*

Sim. Esta casa me parece

hospital de locos: veo
á cada uno en su delirio,
y todos tan estupendos,
tan extravagantes, que
no hallo forma de entenderlos.
Pero Don Angel se entró
desesperado. Yo debo
no desampararle un punto.
Dios aclare estos enredos.

ACTO TERCERO.

Don Simon y Doña Elena.

Elena. Seguramente que Ines,
como muchacha de ingenio,
del filósofo tu amigo
disculpó el atrevimiento
con maña.
Sim. ¿Tú no la crees?
Elena. No puedo engullir el hueso.
Sim. ¿No? Pues yo de la conducta
de Don Angel satisfecho
estoy con lo que la Ines
nos confesó; y porque tengo
tambien de que no nos miente
antecedentes muy ciertos.
Pero á mí lo que me importa
es retirarme á mi pueblo
mañana mismo. No mas
Madrid, y no mas enredos.
Elena. ¿Y va de veras?
Sim. Cuñada,
yo nunca hablo sino sério.

Elena. Todo Madrid va á graduarte
por el hombre mas grosero
del mundo, al ver que te ausentas
casi en el mismo momento
de contraer tu sobrina
un glorioso casamiento,
que nos va á colmar de honor.

Sim. Por eso mismo me ausento.
Mira, cuñada; jamas
en nuestra casa se viéron
Condes, Duques, ni Marqueses.
Yo su dignidad respeto;
pero con quien no es mi igual,
nunca partir peras quiero.

Elena. ¡Lugarada, lugarada!

Sim. Yo oí decir á mi abuelo,
que con respeto á la clase
en que estamos, siempre fuéron
los grandes señores luz
que agrada, vista de lejos;
pero de cerca deslumbra,
y tal vez abrasa á un tiempo.
Esto mi abuelo decia,
que era un hombre bien experto.

Elena. Pero el Marques de Belflor

es un señor intermedio:
no es de los grandes señores,
tampoco de los pequeños.

Sim. Tanto peor: Dios me libre
de un medio señor.

Elena. Ya veo,
cuñado mio, que piensas
en todo á lo lugareño.
Allá os figurais que son
estos grandes caballeros
de otra raza diferente
de la nuestra.

Sim. No por cierto:
ya sabemos que son hombres
como los demas: el cielo
los colocó en una clase
superior: su nacimiento
no les da un alma mejor,
ni mas nobles pensamientos.
Su educacion lo hace todo:
las proporciones y medios
que tienen desde la cuna,
á diferencia del pueblo,
para llenarse de ideas
generosas, y el talento

cultivar, son las que elevan
su espíritu, y el gran sello
les imprime, que los forma
en cierto modo diversos
de los otros hombres. Sí:
la educacion hace de estos
milagros. Así en la clase
elevada ver solemos
hombres que solo se ocupan
del bien estar del plebeyo;
y son como los conductos
por donde del baxo pueblo
la voz llega al alto trono:
en ellos halla consuelo
la humanidad afligida;
el saber útil, aprecio;
los talentos, recompensa;
la virtud, honor y premio.
De un señor la educacion
formará un tutelar genio
de la humana sociedad;
y esto mil veces lo habemos
visto, y ahora; aunque pocos
podemos citar exemplos.
Tambien en la misma clase

muy contrarios suele haberlos:
los hay muy malgastadores,
llenos de trampas y empeños:
los hay de lengua incendiaria,
y que revuelven los pueblos,
exerciendo la calumnia
como pudiera el plebeyo
mas infame. ¿A ver, Elena,
si allá en mi lugar tenemos
idea de lo que son
estas cosas?

Elena. Lo celebro;
pero me enfado de ver
que nunca los lugareños
una verdad decir sepan,
sin tomar el ayre y gesto
de un Predicador.

Sim. Elena,
que falta una parte pienso
de mi sermon.

Elena. ¿Todavía?

Sim. Mañana á casa me vuelvo,
y quedarás á tu anchura.
¿Este título, que á yerno
vas á elevar, de la clase

es (sí, ó no) de los primeros,
ó de los segundos?

Con desprecio.

Elena. Es título, y ya con esto
dixe á vm., señor cuñado,
lo bastante.

Sim. No: con eso,
señora cuñada, nada
dice vm.

Elena. Será mi yerno,
y tres mas.

Sim. Está en su punto
mayor tu locura. Tengo
de ese Marques de Belflor
los informes mas siniestros
que pueden darse de un hombre.

Elena. Pues yo los tengo muy buenos,
y por experiencia.

Sim. En fin,
me canso en valde: esto es hecho:
¿tú metes tu hija á señora
de golpe?

Elena. Nació para ello.

Sim. ¿Con qué sabrá conducirse
sin dar que reir al pueblo?

Las mugeres os pensais,
que hacer el papel perfecto
de señora, no consiste
en mas arte, ni otros medios,
que en un coche y un usía.
Elena, sal quiere el huevo:
la que no nació señora,
ha de estudiar para serlo.
Elena. ¿Y te parece que yo
me habré descuidado en eso?
Ostentar un ayre mixto
de seriedad y gracejo:
saber hacer una burla
con donayre, y á su tiempo:
entrar en contestaciones
de política, toreros,
operistas, baylarines,
y de música: los dedos
hacer volar por el mástil
de una guitarra: el bolero
exercitar por la escuela
Andaluza: á los cortejos
que hay en la Corte pasar
revista: los peluqueros
y modistas de mas gusto

conocer: del extrangero
tener noticias exâctas
sobre los trages modernos:
saber con una mirada
encender de pronto el fuego
de amor: apagar con otra
una esperanza; los zelos
esparcir aquí: avivar
allí el ardor medio muerto
de una tibia confianza:
pasar de la risa ál ceño:
estas son las propiedades
que demuestran el talento
y gusto de una muger
de calidad. Y todo esto
lo sabe Rosa á la ley
desde tamañita.

Sim. Bueno:
con quatro señoras de esas
hay para empestar un reyno.

Sale Doña Rosa.

Rosa. Apostára que hablan vms.
de mí.

Elena. Tú eres el objeto
del enojo de tu tio.

Rosa. ¿Qué motivo dí para ello?

Sim. Señora sobrina, ya
conocí todo el misterio,
y se reduce á que vm.
es un molino de viento;
á que yo parto mañana;
y que á Prudencia me llevo,
y con ella ha de ir su dote.
Haga vm. su casamiento
con ese señor Marques,
que yo ántes de mucho, espero
que me vengan á pedir
una limosna á mi pueblo.

Rosa. ¿Mas porqué se ha de ir vm.?

Sim. ¿Por qué me he de ir? Porque quiero. *Grita.*

Rosa. Señor tio, hable vm. paso
que me aturde.

Sim. ¿Qué? ¿qué es eso?

Rosa. Que suele darme jaqueca
en hablándome algo recio.

Sim. ¡Ola, ola! ¡qué delicada
es mi sobrina!

Con ironía disimulada.

Rosa. Yo espero
que un tio que me ama tanto,

y que es tan dulce de genio,
no pondrá su persuasiva
en los gritos y el estruendo.

En tono de suplicar.

Elena. Cuñado, por Dios...

Remedándola.

Sim. Cuñada...

Elena. Que hagas el favor te ruego...

Sim. Sí: de seguir el humor

Con burla.

á su impertinencia. Cierto.

Rosa. Madre, no puedo sufrirlo:
me voy.

Asiéndola.

Sim. ¡Ola! ¿qué? ¿es un negro
el que te habla? Soy tu tio:
ven, y escucha con respeto.

Elena. Simon, desde que viniste
no me has dado un rato bueno.

Sim. Si no hay cosa en que conmigo
te pongas jamas de acuerdo.

Elena. ¿Y sabes en qué consiste?

Sim. Me alegraré de saberlo.

Elena. En que no tienes razon
ni una vez, ni una.

Sim. Pretendo
poner órden en tu casa.
Elena. Yo mandar en ella quiero,
que para eso es mia, y soy
madre de mis hijas.
Sim. Dexo
la disputa: ¿al fin qué quieres?
Elena. Que no la hables tan severo
á Rosita, y que contemples
la dulzura de su genio.
Con el sombrero en la mano.
Sim. Vuestro tio, señorita,
os pide con rendimiento,
que os digneis de no mostraros
tan orgullosa un momento,
y que os sirvais suspender
ese loco casamiento,
que os va á perder para siempre.
Con sumision y respeto
el tio queda aguardando
de vuestra boca el decreto,
como de una Emperatriz.
¿Qué tal, hermana? ¿va bueno?
Remedando á Don Simon.
Rosa. En hablándome en un tono

de dulzura, me embeleso;
y soy mas blanda que cera
derretida. Yo os confieso,
tio, que es muy elegante
la arenga: seguid; que al ménos
me divertirá, si no
me convence.

Sim. ¿Cómo es eso?
¿burlas conmigo?

Prosiguiendo la burla.

Rosa. Es no mas
por imitaros.

Sim. Trastuelo,
vanidosa....

Con resolucion.

Rosa. Pues peor
soy, si me hablan con imperio.

Sim. De la puerta de Segovia,
á tres leguas, ver espero
al sol que salga mañana. *Vase.*

Elena. Voy detras de él, por si puedo
templarlo un poco. *Vase.*

Rosa. Mi tio
chochea: está ya muy viejo.

Sale Ines.

Rosa. ¡O buena pieza! ¿con que
de la ropa que yo dexo
te quieres vestir? ¿Don Angel
se declara tu cortejo?
Ines. Señora; ya dixe á vm.
lo que fué: todo su empeño
es que yo le proporcione,
por el influxo que tengo
con vm., un corto rato
de conversacion.
Rosa. No quiero
verle, ni hablarle.
Ines. Si vm.
lo viese, á mis plantas puesto,
suspirar; casi llorar....
Vaya: acordarme no puedo
sin enternecerme. ¿Y qué
podra vm. perder en ello?
El quiere oir de la boca
de vm. el á Dios postrero.
Rosa. Pues que lo dé por oido.
Ines. Pero se dirá en el pueblo
que espíritu vm. no tuvo
para despedir su afecto
cara á cara, y sostener

su valor en un empeño
algo grave.

Rosa. ¿Y se dirá
eso de mi? Me convenzo:
quiero hacer ver que me sobran
el espítu y talento.
Venga: daréle una audiencia,
pero no mas; y esa luego
ha de quedar despachada.

Ines. Señora... ¡quánto me alegro!

Rosa. Hoy no he leido el diario.

Ines. Ahí está junto al espejo.

Rosa. ¿Hay algo particular?

Ines. Para vm. nada.

Rosa. ¡Ola, versos!
Veamos; aunque me enfadan
estos poetillas nuevos,
que van á buscar vocablos
del año de mil y quinientos,
y nos hablan de manera
que no hay forma de entenderlos.

Ines. No; pues los de hoy son tan claros
que yo misma los entiendo.

Rosa. ¿Habrá desvergüenza igual?

Lee para sí.

Aquí una sátira veo
que contra mí se dirige
sin rebozo alguno. Tiemblo
de cólera. ¿ Y se permite
ultrajar así el respeto
de una dama de mi porte,
y en letra de molde?

Ines. Pero
si no se nombra persona.

Rosa. Mas si mi retrato han hecho,
ó querido hacer, ¿ qué importa
que debaxo no hayan puesto
mi nombre? Tan alto crímen,
y tan exêcrable exceso,
ó no he de ser yo quien soy,
ó ha de castigarse al ménos
en la horca, y aun es poco.

Ines. Voyme, que va malo el cuento. *Vase.*

Rosa. No he de parar que no apure
quién es el autor perverso
que á una muger de mis prendas
ultraja en tan viles versos.

Sale el Marques.

Marq. ¿ Qué es esto, Madama? Vm.
habla sola, y con un gesto

amenazante? ¿ qué ha habido?
¿la han metido á vm. en zelos
conmigo?

Rosa. No estoy, Marques,
para gracias. Este es tiempo
de furor y de venganza.

Marq. ¿Pero contra quién el cielo
de esta bella cara forma
un nubarron tan soberbio?
¿quien es el desventurado
de tal amenaza objeto?

Rosa. Un incógnito.

Marq. Es terrible
el enemigo encubierto.

Rosa. Una sátira sangrienta
hoy en el diario encuentro
contra nosotros.

Marq. Señora...
¿Contra nosotros? No creo
tan audaz extravagancia.

Rosa. ¿No? Pues leed esos versos.
á ver si yo me equivoco.

Lee el Marques.

Una niña soberbia y caprichosa.
que hace un año cumplió los diez y siete

(mas que de un Potentado
digna de un odorífero Cadete)
de un título pretende ser esposa,
y en otra forma ni querrá á Cupido.
Dicen que este proyecto fruto ha sido
de su orgullo: otros piensan otra cosa,
y de su madre cuentan que es consejo;
porque el título basta en el marido
para la realidad de un buen cortejo.
Los he leído, y no veo
que de léjos ni de cerca,
ni vm. ni yo ser objeto
podamos de este papel.
Y si lo fuésemos, creo
que debiéramos dar gracias
al autor.

Rosa. Con un veneno.

Marq. Señora, este es un elogio,
un panegírico, y hecho
por una pluma muy fina.

Rosa. ¿Y lo dice vm. tan sério?
Esto es sátira insolente.

Marq. Es elogio, y muy completo.

Rosa. Dice: *una niña soberbia.*
¿Cómo puede salvarse esto?

Marq. *Soberbia* es un adjetivo
expresivo, que solemos
aplicar á la grandeza
de algun muy brillante objeto.
Así de un grande palacio,
que es edificio *soberbio*
decimos: ¡ó qué *soberbia*
pintura! decir solemos,
quando vemos algun quadro
de mano del gran Bayeu.
¡O qué *soberbia* figura!
quántas veces dicho habemos,
al ver una jóven, digna
rival de la misma Venus!

Rosa. ¡O! si así fuese...

Marq. Señora,
no se puede dudar de ello.

Rosa. ¿Pero lo de *caprichosa*
no es un horrible desprecio?

Marq. No señora; es un elogio:
y en la música el exemplo
halla vm. que la convenza.
En esta ciencia solemos
llamar *caprichos* las obras
mas sublímes del talento.

Con poco estudio se toca
una sonata, un concierto;
pero tocar un *capricho*,
es para los muy maestros;
porque allí el que lo compone
apura todo el esfuerzo
del arte, y camina libre
siempre por términos nuevos.
Así, el decir *caprichosa*,
es decir que del ingenio
sabe jugar los resortes
con un superior manejo.

Rosa. La propiedad del vocablo
olvidé; mas caigo en ello.
Y el tacharla de *orgullosa*,
¿no es culparla por exceso
de vanidad?

Marq. Ni pensarlo.
La intrepidez de talento
y de espíritu se llama
orgullo; y solo los necios
abusan de esta palabra
en sentido muy ageno.

Rosa. ¡O! Por mucho que sepamos
las mugeres, un maestro

como vm. siempre es preciso
tener al lado. Confieso
que yo lo entendia todo
al reves ; pero estos versós
Mas que de un Potentado
digna de un odorífero Cadete.
¿no expresan un vituperio
y una injuria imperdonable?
¿con que un Cadete merezco
mas que un Potentado?
Marq. Vaya
Rosita ; yo estoy creyendo
que en trastornar el papel
quiere vm. lucir su ingenio.
Un pensamiento mas fino
que el que irrita á vm., no encuentro
en quantós elogios hizo
Monsieur Tomas.
Rosa. ¿Pues qué tengo
los sesos á componer?
Marq. Oigame vm. con sosiego.
Cadete, es voz que nació
mas allá del Pirineo;
y en rigor no significa
mas que un hombre jóven : quiero

decir, un hombre que goza
en el punto mas completo
las gracias y los hechizos
con que sirve al bello sexò.
Un Cadete es, pues, la flor
de la juventud: por ello
en todos los pueblos cultos
los Cadetes siempre fuéron
los Generales en xefe
del exército de Venus.
Un Potentado, aunque sea
el mayor del universo,
de una hermosura bizarra
no siempre es un digno premio;
pero un Cadete lo es siempre,
y con mas motivo siendo
odorífero: Rosita,
un hipérbole tan bello,
y tan fino, no se ha visto
ni aun en los poetas griegos.
Rosa. De manera, que da vm.
á este papel tan diverso
sentido, que yo...
Marq. Es así;
mas le doy el verdadero.

Rosa. Pero, ¿y aquella insolencia
que hay en los últimos versos,
que el *título de marido*,
(esto es decir el pretexto)
basta para que se *cubra*
la realidad de cortejo?
Esa es sátira endiablada.

Marq. Mas el papel no dice eso.
En lo que vm. sobrepone
está el aguijon sangriento
de la sátira. Leamos.

Lee.

Porque el título basta en el marido
para la realidad de un buen cortejo.
¡De los que somos señores
qué elogio tan estupendo!
Dice el autor, que un marido
titulado, por el peso
de la grave obligacion
de su ilustre nacimiento
y su educacion (por solo
ser título) en el obsequio
de su esposa, en realidad
mas que marido es cortejo.
¡Qué concepto tan sublíme!

Rosa. Casi, casi voy creyendo
lo que vm. dice: en verdad
me parece otra cosa esto.
Sin tan sabia explicacion
no podia yo entenderlo.
Marq. Como yo muy amo á vm.,
muy discurro en quanto veo
que la interesa.
Rosa. ¡Ola, ola,
mi señor Marques! ¿qué es eso
de *muy amo*, y *muy discurro*?
Parecen términos nuevos.
Marq. Señora, recien sacados
de la fábrica. Mi ingenio
el arte encontró de hacer
superlativos los verbos:
en añadiéndoles *muy*,
se excusan largos rodeos,
que acaban todos en mente,
y un sonido hacen grosero.
Rosa. ¡Qué pozo de ciencia lleva
vm. en ese celebro!
Voy á leer á mi madre
el elogio de estos versos... *Vase.*
Marq. Se salió mejor del paso

de lo que creí.

Sale Juanon.

Juan. Yo pienso
que ha de estar por aquí mi amo.

Marq. Y bien, Juanon, ¿qué hay de nuevo?
Eres un hombre terrible,
un hombre eres sempiterno,
una sombra y una furia
siempre pegada á mi cuerpo.
¿Aun aquí has de perseguirme?

Juan. Pero si por órden vengo
de V. S. á buscarle aquí.

Marq. ¿Por mi órden? ¡Ah!... sí; me acuerdo
que te mandé que vinieses
á hablarme aquí. Si no puedo
estar solo en casa: un punto
no me dexan.

Juan. Mas yo creo
que los que van, harto sienten
ir tantas á veces.

Marq. ¿Tenemos
listo el coche de camino?

Juan. Sí señor; pero el maestro...

Marq. ¿Y está dorado el de gala?

Juan. Sí que está dorado; pero

el dorador...

Marq. ¿Son brillantes
las guarniciones que han hecho
últimamente?

Juan. Lo son;
solo que el guarnicionero...

Marq. ¿Y los adornos?

Juan. De gusto;
pero el tallista...

Marq. ¿Qué es eso
de tallista, dorador,
maestro y guarnicionero?
¿es un batallon de Rusos,
ó de Tártaros?

Juan. Yo quiero
decir, que como no cobran,
se ha quedado en cautiverio
cada uno su obra, y no entregan
el tallista y el maestro
ni el coche ni los adornos:
tambien el guarnicionero
las guarniciones se queda:
el dorador arma un pleyto;
y el mercader los galones
á sus caxones ha vuelto.

Marq. Con Doña Elena mañana
lo tratarás.
Juan. Pero creo
que han recurrido...
Marq. ¿No entiendes
el castellano? No puedo
hablar con mas claridad:
digo que trates todo eso
con Doña Elena. ¿Por qué
te pago yo mi dinero,
sino para no meterme
en semejantes enredos?
Tú, como mi mayordomo,
debes entender en ello.
Si sabes que en punto á cuentas
lo firmo todo sin verlo,
¿á qué es venir á hablarme
de esos hombres?
Juan. Si el dinero
tuviera yo...
Marq. Paga en vales.
Juan. Ya lo hubiera hecho á tenerlos.
Marq. Tú paga, y déxame estar;
y quanto hicieres lo apruebo. *Vase.*
Juan. ¡Qué grande es la confianza

que á nuestros amos debemos
los criados, quando estan
libres de ladrones!

Salen D. Simon, D. Angel y Doña Prudencia.

Sim. Vuelvo
á decir á vm. Don Angel,
que ya la causa penetro
de su tristeza; y á mas
de saberla, me avergüenzo.

Juan. ¡Qué tres figuras! Me escapo
por aquí, pues no me viéron. *Vase.*

Prud. No lo mortifique vm.,
tio, que está medio muerto.
¿No ve vm. cómo suspira?
La verdad, yo compadezco
su situacion.

Ang. Tal ternura
bien sé que no la merezco.
¡En dónde la he merecido
no la hallé, y donde me he hecho
para siempre indigno de ella,
tan francamente la encuentro!

Sim. Don Angel, soy buen amigo
de vm. El que debe al cielo
una razon despejada,

y tan finos sentimientos
de rectitud... Ya: los hombres
solemos ser del momento.
Las circunstancias deciden
de nosotros: somos buenos
puestos entre los sensatos;
y metidos con los necios,
forzosamente adquirimos
sus resabios, y como ellos
nos envolvemos tambien
en la insensatez. Yo veo
ciego á vm. por mi sobrina
Rosita, fruta del tiempo,
esto es decir, presumida,
llena de sí, al devaneo
entregada enteramente,
y á los frívolos objetos;
y metido entre los fátuos,
que con pestilente incienso
de la lisonja atolondran
su orgulloso entendimiento,
os veis precisado á hacer
tambien el papel de necio.
Pero esto será no mas
una distraccion: yo espero

que vm. reconozca quánto
su carácter y respeto
degrada con la eleccion
de tan despreciable objeto.
Vm. merece otra cosa;
y yo sé que en otro tiempo
daba direccion mas digna
al giro de sus afectos.

Ang. ¡O qué terrible amargura
de mi alma en el fondo siento
quando ante Doña Prudencia
me hace vm. ese recuerdo!

Prud. No quiero que mortifique
á vm. mi vista: me ausento.

Deteniéndola.

Ang. Señora, por Dios: bien sabe
vm. que soy ingenuo.
Amo á Doña Rosa: fuí
con vm. injusto; es cierto:
su mérito reconozco
y su virtud; pero siento
que me lleva á Doña Rosa
una inclinacion que quiero
contrarrestar, y no sé.

Con frialdad.

Prud. Haceis bien: los sentimientos
del corazon no los debe
reglar la razon.
Ang. El pecho
me atraviesan esas voces.
Aun merece mis respetos
la amable virtud de vm.;
mas fascinado me encuentro
por los bellos atractivos
de Doña Rosa: á vm. ruego
que compadezca y perdone
á mi pasion este yerro.
Mi rapto tal vez será
un extravío funesto
de mi corazon: mas señora,
yo en un estado me veo....

Con algo de burla.

Prud. Déxese vm. de disculpas,
y no pierda mas el tiempo,
aunque ya por mucho que ande,
que llegará tarde pienso;
porque un rival mas feliz
cogerá bien pronto el premio
de una ternura fingida,
y un adulador afecto.

Vaya vm., vaya á mi hermana,
que poco se pierde en eso,
y veamos cómo sabe
hacer valer los derechos
de su ternura: no dudo
que si ella tiene un momento
de cordura, dará á vm.
la gloria del vencimiento.
El momento de cordura,
ese es el que yo no espero.

Vase.

Sim. Para reñir las pendencias
de amor, á lo que yo veo,
no ha menester mi sobrina
compañía ni consejo.
¿Y en qué quedamos Don Angel?

Ang. ¡Fiera confusion!

Sim. Hablemos
con toda sinceridad.
Vm. se encuentra muy lejos
del amor de Rosa. Es fuerza
que se piense en un objeto
mas digno.

Ang. De sus hechizos
desplegó la faxa Venus

quando nació Doña Rosa.
Sim. Adelantamos por cierto.
¿Pero qué mérito en ella
encuentra vm.? Para el cuerdo
no hay mas gracias que virtud
y ternura en el afecto.
Ang. ¡Ah! que ella tiene el mejor
corazon del universo.
Si algo se torció, es porque
aduladores perversos
han fomentado su orgullo:
sus extravíos son de estos
que el tiempo lleva consigo,
y los corta el mismo tiempo.
Al lado de un virtuoso
será Doña Rosa exemplo
de virtud: ella es tan docil....
Sim. Sí, como potro sin freno.
Esa bondad peca ya
en imprudencia.
Ang. Yo quiero
hablarla una vez no mas.
Sim. ¿Y qué sacarémos de eso,
si tiene con su Marques
ajustado el casamiento?

Ang. Un desengañado que sea
decisivo.
Sim. Considero
que vm. va á precipitarse;
más si tiene gusto en ello,
lo dexo, que harto he cumplido
con las leyes y derechos
de la amistad inviolable.
Dicen que un bobo hace ciento,
y yo digo que una boba
hará un millon. Sois muy bueno.
Vase.
Ang. Todos, todos me avergüenzan,
y degradado me veo
por una pasion: mi pecho
es una hoguera, y en vano
piensan cortar de su incendio
la actividad. ¿Qué esperanza
me alienta? Ninguna. ¿Y puedo
subsistir en tal estado?
Doña Rosa sale: tiemblo
en el instante terrible
de darla el á Dios postrero.
Sale Doña Rosa.
Rosa. Salgo á ver qué quiere vm.,

pues Ines se empeñó en ello.

Turbado.

Ang. ¿Y porque es empeño suyo
este favor á vm. debo?
Rosa. Sí señor.
Ang. ¿Con que es decir
que por mí no lo merezco?
Rosa. Yo no lo digo: vm. puede
como quisiere entenderlo.
Pues me digné conceder
á vm. una audiencia, quiero
abreviarla. Estoy de prisa,
y vm. se queda suspenso...
¿Es esta el ansia de verme?
Ang. Mi corazon era un fuego
por lograr esta fortuna,
y al lograrla...
Rosa. ¿Qué es?
Ang. Un yelo.
Rosa. Sentémonos, que parece
que se va alargando el cuento;
bien que yo lo cortaré.

Se sientan, y se le cae el pañuelo.

Coja vm. ese pañuelo
que se le cayó.

Ang. No habia
reparado.

Se le cae el sombrero.

Rosa. Ese sombrero.
Apostar que vm. se dexa
caer la cabeza.

Ang. ¡O cielos,
qué será de mí!

Rosa. ¡Suspiros
por exôrdio! Largo va esto.

Ang. En fin, Doña Rosa, ¿vm.
mi terneza y mi sincero
amor para siempre olvida?

Rosa. ¿Y vm. me viene pidiendo
satisfaccion? La daré
brevemente y sin rodeos.
El gusto, amigo, es la cosa
mas libre del universo.
Yo quise á vm., porque así
me lo inspiró en algun tiempo
mi gusto; despues mudó
por su propio movimiento
mi corazon, y llevóse
la inclinacion á otro objeto.

Ang. ¿Y una muger, que se precia

de espíritu y de talento,
el mérito no conoce
de la ternura?

Rosa. Yo tengo
mi razon, que por prudente
callaba; mas pues empeño
hace vm. que la diga,
no la ocultaré. El afecto
de vm. para mí al principio
tuvo mérito, mas luego
me empezó vm. á moler
con advertencias, consejos,
y aun con críticas; de forma,
que se me volvió un severo
pedagogo el que era amante.

Ang. El bien de vm. fué el objeto
que propuse á mi ternura,
y este es amor verdadero.

Rosa. Pretendiera vm. la plaza
de ayo, y no la de cortejo.
Quien nos alhaga, nos ama:
las mugeres no entendemos
de otra cosa; y el Marques
me ha dicho cien veces esto.

Ang. ¿Quién? ¿el Marques de Belflor?

¿el adulador perverso
que quiere arruinar á vm?

Rosa. Son del mismo pensamiento
otros muchos de su clase,
que me han hecho mil obsequios.

Ang. ¡Qué turba de seductores
corrompe así al bello sexô!

Rosa. No hay que hacer: todos son locos:
solamente vm. es cuerdo.

Ang. Lo que aseguro es, que todos
ménos yo, son unos necios
aduladores que á vm.
infatuan.

Rosa. Bueno es eso:
mire vm. en el diario
qué elogio de mí han impreso.

Le da el diario.

Despues de leerlo para sí.

Ang. ¿Quién dice que habla de vm.?

Rosa. Nadie: que yo me lo pienso.

Ang. ¿Y quién dice que es elogio?

Rosa. El Marques.

Ang. Ese hombre necio...

Rosa. ¿Necio? ¡y halló arte de hacer

superlativos los verbos!

Levantándose.

Ang. La fábula de Madrid
va á ser vm. : compadezco
aun mucho mas que la mia
su situacion. ¡O qué yerro
hice en dexar á la amable
hermana de vm.!

Rosa. A tiempo
estan vms.; no hay duda:
que cargue con su cortejo;
que al fin, si se lo quité,
mejorado se lo vuelvo.

Ang. Sí señora : que mejora
mucho al hombre un escarmiento.

Rosa. Pero no será Marquesa,
y yo lo voy á ser luego. *Vase.*

Ang. Cayó la venda fatal
con què mis ojos cubiertos
tuve hasta aquí : de repente
ha cobrado sus derechos
mi razon : como el que vuelve
de un sueño profundo, siento
nuevo espíritu.

Salen Don Simon y Doña Prudencia.

Sim. Don Angel,
¿parece que mas contento
encuentro á vm.?
Ang. Soy muy otro.
Prud. ¿Salió vm. con el empeño?
Ang. Salí de quantos tenia.
Ya regla mis sentimientos
la razon, Doña Prudencia:
pasó aquel vapor ligero
que la obscurecia, y brilla
con resplandor mas intenso.
A su antiguo giro vuelve
reconocido mi afecto.
Prud. Cuidado con engañarse,
que sería mucho yerro.
Ang. Si hubiera cambiado en ódio
mi terneza, el desacierto
del capricho era temible;
pero conservé, aun en medio
de mi distraccion, un fondo
del debido sentimiento
á un amor antiguo y justo.
Sim. Venga un abrazo: estrechemos
nuestras dos almas, Don Angel.
De gozo casi no puedo

formar las voces.

Salen Doña Elena, Doña Rosa é Ines.

Elena. ¡Ola, ola!
¿cuñado mio, qué es esto?
Sin duda que te despides
de Don Angel.

Rosa. Si dió en ello,
se irá: buen viage.

Sim. Elena,
yo no me voy: he resuelto
quedarme, y con mucho gusto;
porque al fin el casamiento
de una sobrina, á quien amo,
merece esto, y mas.

Elena. Me alegro
que pienses con ese honor.
Cabalmente los conciertos
va á remitir el Marques
firmados en el momento.

Sale Juanon con unos papeles.

Elena. Aquí estan sin duda.

Juan. Mi amo
el Marques con este pliego
me envia á vm.

Elena. Sí, ya sé

lo que contiene: este recio
será el mio. Juanon, toma
esa media onza.

Juan. Mi zelo
es servir á vm., señora;
no necesita de premio:
mas por venir de tal mano
la tomo. *Vase.*

Sim. A fé que va bueno.
Ya se ve, ¡no ha de estar loca
si se echa un Marques por yerno!

Rosa. Abra vm., madre, la carta,
que con impaciencia espero.

Sim. Abrela, y oigamos todos.

Elena. Oigan vms que leo.

Lee.

Amigo mio, Baron
del Céspede...

Sim. ¿Cómo es eso?
¿á quien va esa flor?
¿á tí, ó á tu hija? Venga ese pliego,
que tú á leerlo no aciertas
tal vez de gozo.

Elena. No entiendo
porque en su carta me dice

el Marques, Baron: Verémos.

Lee Don Simon.

"Amigo mio Baron del Céspede: la loca de Doña
»Rosita, y la fátua de su madre....

Elena. Simon, con formalidad:
que no puede decir eso.

Sim. ¡O! si no dixera mas,
yo estaria bien contento.

Lee.

»se han tragado sin toser lo de mi casamiento. A
»bien que la vieja me ha pagado el trabajo de en-
»gañarla con esos seis vales de á 600. pesos, que
»te envio para que los negocies luego, luego, y
»busques un coche en que mañana salgamos á
»Cádiz á pasar el otoño alegremente.
¡Misericordia, Señor!
¡tres mil y seiscientos pesos!...
»La sátira que has puesto en el diario, se la he
»hecho pasar á la niña como elogio: yo he tenido
»un famoso rato: en fin, ya sabes que tan tonta
»es la vieja como la niña: huyamos de ellas, y
»riámonos á su costa."

Elena ¡Vieja á mí! Rabio.

Rosa. ¡Si acaso
este es de mi tio enredo!

Sale Juanon.

Juan. Señora....

Sim. Vaya que vuelve
por otra media onza.

Juan. El pliego
habemos equivocado:
este es de vm.

Elena. Mensagero
infernal...

Juan. Tome vm., tome,
y deme el otro.

Elena. Perverso,
tú la has de pagar por tu amo.

Juan. Yo pago por él, es cierto;
pero ahora el mayordomo
lo es *in partibus.*

Rosa. ¿Qué es esto
que pasa por mí? ¡El Marques
jugarme tal pieza!

Juan. Veo
malas caras: el papel
habrá causado el enredo:
¿qué diablo de *quid pro quo,*
infeliz Juanon, has hecho?
Lo verdadero es al pronto

tomar las de Villadiego. *Vase.*

Ang. Marques infame, hombre vil.

Sim. A bien que se recogiéron
los vales: si no tiene otro,
no irá con este dinero
el Marques á ver á Cadiz.

Elena. No llores Rosa: al momento
del Marques puedes vengarte.
Aquí está Don Angel muerto
por tí: que te de la mano,
y vengas así el desprecio.

Rosa. Lo haré, porque vm. lo manda.
Con burla.

Sim. ¡Qué obediencia!

Ang. Seré yerno
de vm. DoñaElena; mas
esto se entiende admitiendo
Doña Prudencia mi amor.

Elena. Pues solo nos faltaba eso.

Ang. No soy yo tan despreciable
que los desaires agenos
me deban el premio dar
que por mí mismo merezco.

Sim. Prudencia, dale la mano,
y dexémonos de cuentos.

Prud. Soy feliz, pues con vm.
cumplo, y tambien con mi afecto.
Ines. Vaya que el Señor Marques
nos envió buenos conciertos

A Don Angel.

Elena. ¿Y á una niña no perdona
un desvio hombre tan cuerdo?
Sim. ¿Y tendrá la orgullosa
en vez de castigo premio?
Buen exemplo para el mundo.
Ang. Señora, quando los yerros
se cometen por persona
en quien los hábitos buenos
y una sólida instruccion
el corazon le rigiéron,
se perdona el extravío;
y se cree que es sincero
su arrepentimiento. Quando
nace el error de haber hecho
hábito de errar, no puede
ser el arrepentimiento
permanente, porque nadie
cambia el corazon de presto.
Sim. Dice muy bien: Rosa mia,
terrible es el escarmiento;

cuenta con tu tio en todo,
si produce buen efecto.
Rosa. Vm. me ha perdido, madre.
Sim. Ahora no hablemos de eso,
sino de la enmienda.
Rosa. Yo
me vuelvo loca.
Sim. El efecto
del orgullo es este. Así
sus gracias el bello sexô
pierde, y forma de ellas mismas
su precipicio funesto.

FIN.

